



ACTAS DEL CONSEJO SUPERIOR DE LA SOCIEDAD SALESIANA

SUMARIO

I. Carta del Rector Mayor

Empeño de todos para el Capítulo Especial — Los dos polos de la renovación — Volver a las fuentes — Conocer a Don Bosco: deber esencial — Abrirse a los signos de los tiempos — Los extremismos no son constructivos — Estudio y experiencia: fuerzas complementarias — Una ósmosis fecunda en la caridad — « Esperémonos unos a otros » — Evitar los modos contraproducentes — Amar y comprender a la Congregación para renovarla — Todo esfuerzo será inútil sin una verdadera conversión — Nuestra empresa necesita espíritu — Con el corazón de los primeros Salesianos unidos a Don Bosco.

II. Capítulo General Especial

La preparación del primer Capítulo Inspectorial Especial — Las Comisiones precapitulares centrales.

III. Disposiciones y normas

Norma para la fecha de las Sagradas Ordenes — Estudiantes de filosofía para el P.A.S.

IV. Comunicaciones

Prórroga de los votos temporales por un tercer período — Nombramiento de Obispo — Nombramientos de Inspectores.

V. Actividades del Consejo Superior e iniciativas de interés general

VI. Documentos

Prórroga de los votos temporales por un tercer período — Carta del Rector Mayor presentando las conclusiones del reajuste.

VII. Magisterio pontificio

Estar en el mundo sin ser del mundo — La difícil relación jóvenes-adultos hoy — La misión de los jóvenes en el mundo de hoy — Sufrir y amar con la Iglesia — Llamado a la unidad interior de la Iglesia.

VIII. Necrología (2º elenco del 1969)

CARTA DEL RECTOR MAYOR

Turín, Mayo de 1969

Muy queridos hermanos e hijos,

Me es grato conversar con vosotros sobre un acontecimiento, que en este momento ocupa el centro de nuestros pensamientos y polariza la actividad y el interés de la Congregación en todos sus miembros, un acontecimiento, centro de las esperanzas de todos, aunque quizás, y no es de extrañar, marcadas por cierta ansiedad. Habéis captado ciertamente que entiendo hablar de nuestro Capítulo General Especial y de todo el trabajo de preparación que lo precede.

Todos estamos persuadidos que se trata de un hecho que trasciende en mucho la vida ordinaria de la Congregación. Bástenos pensar en la singularidad del hecho, único en la historia no solo de la Congregación Salesiana, sino de todas las familias religiosas. No es por tanto una exageración afirmar que de este Capítulo (y de su conveniente preparación) depende la vida misma de la Congregación en un próximo futuro y su vital incidencia en la Iglesia y en el mundo, en el campo que la Providencia le ha señalado; podemos tranquilamente afirmar que se trata de un hecho histórico, mejor dicho, de un encuentro único, hasta diría decisivo, al cual la Iglesia invita la Congregación: será nuestro deber la realización plena y consciente de este encuentro.

Recordais las palabras dirigidas por Pablo VI a los miembros del Capítulo General XIX. El Papa, luego de afirmar que « los Salesianos representan uno de los hechos más notables, más benéficos, más ejemplares, más promisorios del Catolicismo del Siglo XIX y del nuestro » agrega textualmente: « Y quiera Dios que así sea en los futuros ». Las palabras pontificias son un augurio, es cierto, pero al mismo tiempo son un aviso solemne que nos invita a reflexionar.

El Capítulo General, para el cual todos trabajamos, deberá obtener que el elogio del Papa y de la Iglesia a los salesianos del primer siglo, sea bien merecido igualmente por los Salesianos de los tiempos nuevos.

No os extrañe por tanto que vuelva sobre este argumento, pensando que según el deseo de la Iglesia Conciliar, cada uno de nosotros está llamado conforme a su capacidad, a dar su aporte corresponsable para el feliz éxito de esta extraordinaria empresa.

Empeño de todos para el Capítulo Especial

Mi primera palabra al respecto es que, gracias a Dios, por las noticias que nos llegan, se manifiesta en todas las inspectorías un consolador empeño en la preparación del 1º Capítulo Inspectorial Especial. Esto indica que se ha adquirido una conciencia general de que el éxito del Capítulo General Especial está ligado en gran parte a la participación activa de todos los hermanos en las fases de estudio y de preparación.

Este sentido de responsabilidad ha animado e inspirado el trabajo, realizado con diligencia y metodicidad, a nivel de la comunidad primero y luego por las Comisiones preparatorias, con un esfuerzo de sensibilización progresiva, con documentación oportuna, con relaciones y estudios de hermanos calificados.

Noticias más amplias con respecto a la preparación del Capítulo General las podréis hallar en un capítulo especial que la oficina central de coordinación publicará regularmente en las Actas del Consejo Superior.

Siento sin embargo el deber de agradecer aquí a aquellos Capítulos Inspectoriales que durante sus reuniones han querido manifestarme a mí y a los Superiores su afecto filial y especialmente los sentimientos unánimes de fidelidad y amor a Don Bosco.

Todo me hace esperar que los esquemas producidos por esos Capítulos Inspectoriales formarán una base muy rica y expresiva para los pasos posteriores que deberemos dar antes del Capítulo General Especial.

Todos estamos de acuerdo en afirmar que « la operación » a la cual deberemos echar mano es de una amplitud y complejidad realmente excepcionales: ella examina problemas que tocan en lo vivo las carnes de la Congregación y nuestra respuesta personal a Dios, a la Iglesia y a la Sociedad de nuestro tiempo; por esto no hay que admirarse que surjan zonas de sombra, dudas, perplejidades; por consiguiente en la confrontación de las diversas apreciaciones y sensibilidades, pueden nacer tensiones, pero por lo mismo y en vista de todas estas reales y serias dificultades, me parece que debemos tener presentes algunos principios y orientaciones, que indudablemente nos ayudarán a allanar el camino, a ver claro, a caminar sobre la pista justa con paso seguro en la senda que debemos recorrer para llegar felizmente a la meta. Ha dicho un personaje que ha adquirido gran experiencia de Capítulos especiales que su éxito está condicionado por la preparación.

Estoy convencido yo también de la justeza de esta afirmación; estas consideraciones mías responden precisamente a esta preocupación.

Los dos polos de la renovación

Hemos oído mil veces que la finalidad del Capítulo Especial es el estudio de la « renovación » de la Congregación, la « accomodata renovatio » a la que se refieren los documentos conciliares y postconciliares.

No debería ya existir ninguna duda sobre el significado de esta palabra; sin embargo, de hecho, más de una vez se constata y por diversas razones, que se dan las más variadas interpretaciones: algunas de ellas a veces antitéticas, unilaterales, radicales, minimistas etc. Y esto especialmente por la carga emotiva con la cual no raramente llega a afrontarse el problema de la renovación: de aquí, como arriba os decía, las inevitables visiones subjetivas o limitadas, de aquí también ciertos desvaríos aun ideológicos y por lo tanto prácticos. El P. Congar, hablando de la *Perfectae Caritatis* después de haber afirmado que su contenido constituye la base, el fundamento, la « summa » de la vida religiosa, añade: « Deberá hacerse referencia a dicho decreto conciliar

cada vez que se trate o se exponga cualquier argumento relativo a la vida religiosa. No podemos hablar de renovación de la vida religiosa sin tener continuamente ante la vista este decreto, cuyo argumento es precisamente la renovación de la vida religiosa » (*Renovación de la Vida Religiosa*, Autores varios).

Ahora bien, la « accomodata renovatio », de la que habla el decreto, expresa una continua invitación a volver a las fuentes de toda forma de vida cristiana y al espíritu primitivo de los Institutos y al mismo tiempo una adaptación de los mismos Institutos a las diversas condiciones históricas (*P.C.*, 2; *E.S. II*, parte I).

Las dos directivas, aceptación de los postulados de hoy y, a la vez e inseparablemente, la toma de contacto con el espíritu de los orígenes, son los dos rieles sobre los cuales debemos andar si queremos realizar la renovación de la Congregación.

El P. Tillar, en la obra citada, insiste, usando otra comparación, sobre este principio básico y claro. Dice así: « Hay que conservar al mismo tiempo el movimiento hacia la raíz de la cual brota el tallo religioso y el movimiento hacia el mundo de hoy. De aquí la situación de tensión — inquieta y siempre curiosa — en la cual su mismo movimiento sumerge la vida religiosa ».

También el P. Congar se preocupa de poner en evidencia este principio que diríamos bipolar. « Una reforma no es una revolución », porque respeta la continuidad, pero tampoco es una « restauración porque no busca de restablecer todo lo anterior ».

Y prosigue: « Si yo no buscara más que el conformismo con lo actualmente existente, no habría nunca una reforma. Si lo imaginara completamente diferente, tampoco esto sería una reforma. Hay que conservar... no una fidelidad servil, según las formas en vigencia de las cosas. Mi fidelidad debe incorporar el porvenir, apoyándose en sus orígenes; en dos palabras: debe adquirir el espesor del tiempo » (*En La Croix*, 24-X-1968).

No se repetirá nunca suficientemente que nuestra renovación ha de apoyarse contemporáneamente sobre dos polos esenciales y necesarios por igual. Aunque parezca una paradoja: nuestra fidelidad para ser auténtica y fecunda, debe dirigirse a la vez al pasado y al presente.

Quien para renovar la Congregación quisiera separar estos dos términos, provocaría en ella una crisis que comprometería su vida y su misión.

Volver a las fuentes

En concreto... el incesante regreso a las fuentes de toda vida cristiana se traduce en volver al Evangelio. El es la matriz original del espíritu religioso. Es el texto de la formación religiosa: el religioso nace del Evangelio, madura en el Evangelio, obra por el Evangelio, es el hombre del Evangelio. Solo mirando al Evangelio se puede realizar aquella *sequela Christi*, que es la regla suprema de toda vida religiosa.

Pero el Espíritu Santo ha inspirado modos y formas diversas de vivir la *Sequela Christi*, haciendo brotar varios Institutos religiosos « por medio de hombres particularmente dóciles a sus mociones » (L.G., 43).

Nuestra Congregación, fundada por nuestro amadísimo Padre por moción del Espíritu Santo, reconocida por la Iglesia, posee su misión, su carisma, su espíritu, su estilo, todo un patrimonio que la Iglesia del Concilio quiere que nosotros conozcamos bien y lo identifiquemos en su esencialidad perenne, para que no se pierda y para que el orín del tiempo no lo cubra de incrustaciones, sino como linfa fresca y pura llegue a alimentar incesantemente a la Congregación, que camina en la historia.

Aparece así evidente toda la importancia del conocimiento y estudio de nuestros orígenes, de Don Bosco, de su forma de obrar, de su pensamiento, de su singular espíritu, de cuanto en él aparece como contingente y momentáneo, fruto de su adaptación al momento histórico en el cual se mueve, y de cuanto por el contrario es idea constante proyectada en el tiempo para cumplir su misión que va más allá de su ambiente y de su vida. Ni siquiera se nos debe ocurrir que sea posible una renovación de nuestra Congregación sin llegarnos a nuestros orígenes, sin profundizar cuanto a ella se refiere. ¿Cómo podría discutirse seriamente y a conciencia el pensamiento de Don Bosco,

nuestra misión en la Iglesia y en la Sociedad, el espíritu salesiano, las constituciones, que en su conjunto son la expresión del espíritu, sin haber realizado este estudio? Aun un simple investigador, carente de las preocupaciones y responsabilidades de elecciones y principios vitalmente decisivos, que nosotros tenemos, se sentiría obligado a efectuar esta búsqueda por lo menos por amor a la verdad histórica.

Me parece que no podríamos dar crédito a quien osase proponer en la Congregación revisiones y reformas sin haberse provisto antes de esta documentación.

Vaya mi aprobación a tantos hermanos que sienten la necesidad y el deber de documentarse a través de un estudio serio sobre varios puntos de nuestra historia, sea en sus orígenes como en las sucesivas generaciones, antes de intervenir con relaciones y propuestas sobre varios temas que se tratarán en el Capítulo General.

Esta forma de obrar señala un sentido de responsabilidad y una toma de conciencia de la importancia vital de lo tratado y de las consecuencias a las que se expone la Congregación si se tratan los problemas sin haberlos estudiado en todos sus aspectos.

Conocer a Don Bosco: deber esencial

La ocasión me es propicia para ampliar este mi llamado, llevándolo fuera y más allá del momento del Capítulo General. Somos salesianos, hijos espirituales de San Juan Bosco. Para ser real y plenamente salesianos no basta haber profesado y trabajar luego en nuestras obras, vivir en nuestras comunidades. Para « ser » verdaderos y conscientes hijos de Don Bosco — no solo para « llamarnos » salesianos — debemos conocer a nuestro Padre, su imagen, su pensar sus características, su espíritu inconfundible, su pedagogía; del conocimiento se llega al aprecio, a la valorización, al amor mismo de todo cuanto Don Bosco significa y representa para la Congregación y para la Iglesia.

Debemos reconocerlo: si se advierte que acá y acullá en nuestros ambientes Don Bosco está poco presente en la vida y en la actividad de quien sin embargo se llama su hijo, la razón no menos importante es

que estos no se preocupan de adquirir un conocimiento cabal y profundo de aquel que es Padre suyo y nuestro, el Fundador de tres grandes familias salesianas, el grande y humilde servidor de la Iglesia.

Esta invitación al estudio y conocimiento de Don Bosco no es ciertamente campanilismo ni triunfalismo, es tan sólo el llamado a un deber elemental y coherente que la Iglesia del Concilio dirige a cada Instituto Religioso.

Nosotros — a través de nuestra vocación salesiana — estamos llamados a ser los hombres del Evangelio, pero según la gracia de nuestro fundador, debemos encontrar el Evangelio a través de la persona de Don Bosco, debemos participar, como dice un autor, del *choc* del Fundador en su encuentro con el Evangelio.

« La vida está determinada desde su inicio. El árbol vive de sus raíces » (Pablo VI, 7-3-69). Pero ¿Cómo es posible todo esto sin conocer — y no solo superficialmente y en forma pasajera — el patrimonio que está en la persona, en la vida, en el pensamiento de Don Bosco, la fuente verdadera y vital de nuestra peculiar vocación salesiana?

Nuestra inteligencia y, más aún, nuestro amor sincero y auténtico a Don Bosco y a nuestra vocación recaben las consecuencias concretas de estas mis palabras.

Pero volvamos a nuestro tema.

Abrirse a los signos de los tiempos

El otro polo de nuestra renovación es la « adaptación a los tiempos actuales ». Esta es una necesidad de la Iglesia: ella en efecto « no puede dejar de tener en consideración su relación con el mundo, que es, sí, de oposición al mundo, pero también de penetración en el mundo, de fermentación evangélica en el mundo » (E. Ancilli, *Vida religiosa y Conc. Vat.*, pag. 314).

Lo difícil es discernir entre lo que se debe rechazar y lo que se debe aceptar; pero la dificultad no nos autoriza a excluir el problema, nos invita más bien a una humilde búsqueda de una síntesis viva de los valores modernos y de los antiguos y perennes. En esta búsqueda

tengamos bien presente que « la adaptación » no puede ser un acercamiento indiscriminado al mundo, que nos lleve a asumir modos de pensar y de vivir del mundo.

La vida religiosa no puede y no quiere tener por norma el mundo. Tengamos presente que es fácil el equívoco tratando de adaptarse al mundo que es una realidad ambigua.

La adaptación no puede transformarse en una participación de aquello que no puede ser aceptado, sino más bien un acercarse con los criterios de Dios para ver la realidad como la ve Dios; es para amar como Dios ama; es decir con aquel amor que se acerca al mundo para elevarlo y enriquecerlo, y no para dejarse penetrar de su espíritu (Molinari, *Comentario al P.C.*, pag. 49).

Como se dijo arriba, se trata de una empresa necesaria, pero de una delicadeza extremada, también porque compenetra toda nuestra vida: ascesis y disciplina, formación y gobierno, apostolado y colaboración. Se trata de una renovación « de tal amplitud, que no puede ser localizada en algunos sectores solamente: la relación con el mundo actual, la relación de los religiosos entre sí, las prácticas religiosas que se refieren directamente a la oración, la vida común, no son aspectos o sectores aislados; la renovación en un sector obliga a la modificación también en los otros » (*Ancilli, l.c.*).

La renovación, por su amplitud y complejidad de los problemas que abarca, por la delicadeza y dificultad de valorizaciones y elecciones esenciales, exige de nosotros, de todos nosotros pero especialmente de cuantos tienen responsabilidad en la preparación y presentación de propuestas y orientaciones, una suma de convicciones y de actitudes que nos deben servir de guía en todo nuestro trabajo al servicio de la Congregación. He aquí algunos:

Los extremismos no son constructivos

En primer lugar esforcémonos por conducirnos en todo momento de nuestra actividad — con relación al Capítulo Especial — con gran serenidad y al mismo tiempo con gran equilibrio. Los extremismos,

lo constatamos tristemente todos los días, nunca producen un bien verdadero. Por lo tanto digo a los que se consideran progresistas: « Estad atentos, queridos hijos! la vuestra puede llegar a ser una verdadera manía de la novedad por la novedad ».

A los así llamados conservadores, les digo: « Atención, mis queridos hijos! Vuestro apego al pasado puede ser una estéril e irracional inmovilidad ».

En efecto progresistas y conservadores « pueden ser movidos muy poco por los impulsos del Espíritu Santo, y ser por el contrario juguete de sus temperamentos y experiencias inconscientes » (*Revista de Ascética y Mística*, Nov. 1963).

Pascal diría al referirse a estas personas: « Jamás se comete el mal tan plenamente y tan alegremente como cuando se hace por un pretendido principio de conciencia... » (*Pensamientos*, n. 895).

Quisiera añadir todavía una observación: los términos « progresar » y « conservar » no indican de por sí actitudes opuestas, sino integrativas, porque no hay progreso sin una tradición y no hay tradición sin progreso.

La permeabilidad a los signos de los tiempos no compromete la verdad, que se debe siempre atestiguar.

Más concretamente: está fuera de discusión que cambios los habrá y se deberán realizar. Pero esto nada tiene que ver con la ansiedad de cambios irracionales. Las innovaciones se justifican sólo « cuando se trata de una grande y evidente utilidad ».

Pero por otra parte no es lícito negar la necesidad de cambios sólo porque no queremos modificar nuestra manera habitual de vivir. Bajo las apariencias de apego a la tradición puede esconderse, quizás inconscientemente, otra motivación: la renovación molesta, no va de acuerdo con nuestro modo de pensar, nos obliga a un nuevo estilo de vida..., por esto negamos su necesidad.

Estudio y experiencia: fuerzas complementarias

Me parece en definitiva muy actual todavía el pensamiento que manifestaba al dirigirme a los miembros del Capítulo General XIX,

en un momento de tensión: «Ninguno de nosotros posee el monopolio de la verdad y de las soluciones de los problemas [ni el progresista, ni el conservador]. La verdad es como un mosaico, es fruto de tantas fichas ordenadas por un estudio diligente y concorde de varios artistas. Reconocer que ninguno tiene el monopolio de la verdad es humildad verdadera, inteligencia clara (*Actas Capítulo General XIX*, p. 316)». Nadie lo posee todo, nadie es completo, nadie puede decirlo todo sobre cualquier argumento. El estudioso, por ejemplo, puede ofrecer un aporte precioso a nuestra renovación con su cultura; pero digamos en seguida que por cultura nosotros entendemos no un conocimiento aun profundo de ciertas disciplinas, diríamos sectoriales; menos aun puede hablarse de cultura por el hecho de haber leído muchos libros o revistas de cierto nivel. La verdadera cultura para nosotros, y no para nosotros solos, es una profunda elaboración de muchas ciencias, es una comparación meditada de opiniones y de tesis antes de llegar a la síntesis. Pero me pregunto si aun la cultura auténtica, las mismas ciencias sagradas y las auxiliares hoy tan valorizadas, pueden por sí mismas decir una palabra exhaustiva y final sobre nuestra renovación.

Es precisamente el Concilio y el Post-Concilio, que al referirse a estas ciencias de primera importancia, se preocupa que sean pastoralizadas. Y con razón, porque deben servir no para un mundo ideal, inexistente, sino para el hombre tal como es hoy: como individuo, como miembro de la sociedad eclesial y de la ciudad terrestre.

Pues, la renovación alrededor de la cual nosotros trabajamos ¿no es un hecho exquisitamente «humano», es decir, no debe servir a los hombres y realizarse por medio de hombres en el mundo de la realidad salesiana?

¿Os parece entonces que el hombre dedicado al estudio, que vive enfrascado en sus libros, aun rico de verdadera cultura, pueda él solo decir la palabra decisiva sobre nuestra renovación?

Claro está que como para la actuación pastoral son preciosos los aportes del teólogo, sociólogo, historiador, pero integrados con quien vive la realidad del trabajo, de la familia, de la parroquia, de la escuela, así para nuestra renovación necesitamos ciertamente de la palabra de

los hombres de estudio, pero evidentemente deben ser integrados por otros, que viviendo encarnados en la realidad salesiana posean, en la variedad de nuestras actividades, experiencia y sensibilidad.

Una ósmosis fecunda en la caridad

Digamos una palabra sobre el aporte de los ancianos y de los jóvenes.

También aquí estaría fuera de todo realismo quien creyera poseer con exclusividad — joven o anciano — la fórmula de la renovación.

Considerándolo bien, el anciano se inclina a la prudencia, ama lo pasado en que existe también el filón de la sana tradición y donde se ha desgranado su vida; ve con facilidad imprudencias, intemperancias y desviaciones. Esta actitud, psicológicamente explicable, a veces se resuelve en un estado de resignada aceptación o de defensa amargada por la situación actual.

En la otra orilla tenemos al joven que grita y protesta, haciéndose eco de la dolorosa angustia que tiene sobresaltado el tiempo actual de transición y de crisis. En nombre de la acción enarbola la bandera del activismo, la acción por la acción sin fines precisos: listo para adoptar y hacer suyo el contenido del último artículo de la revista de vanguardia, discute y pone en tela de juicio todo, las estructuras de la Iglesia y el celibato, la vida religiosa y salesiana, el sentido de los votos, el ejercicio de nuestro apostolado. Extremismos por desgracia incontrolados.

Pero junto a estos extremismos hay fermentos muy apreciables.

He aquí otro joven: no ignora la tradición viviente, pero no aguanta las tradiciones muertas y sepultadas bajo capas de polvo; mira hacia adelante, lejos, hacia un porvenir no desprovisto de riesgos, pero rico en promesas. Se queja de que el elemento humano haya puesto un freno a la realización sea del Concilio como del Capítulo General XIX. Sin embargo su tensión está animada por una preocupación de autenticidad, intuye, aunque no lo ve claramente que el Concilio ha abierto con poderosa dinámica nuevos caminos sea para la Iglesia como para la

Congregación, espera entonces, aunque con cierta dosis de impaciencia... Ante este cuadro, naturalmente incompleto, pero siempre significativo, qué debemos decir? Repito otra vez: nadie lo posee todo! Hay valores y deficiencias sea acá como allá, en los ancianos como en los jóvenes.

¿Entonces? La conclusión es clara: solamente la conciencia de la propia limitación, que es señal de madurez, solo la captación de los valores positivos que existen en las actitudes de mi « adversario », solamente una ósmosis de ideas y valores entre jóvenes y ancianos, en el aprecio y caridad mutua, podrán transformar la tensión natural entre generaciones en una preciosa fuente de energía para la Congregación. Se evitará así « Scila » sin caer en « Caribdis » y se prestará un servicio inestimable a la Congregación.

Como conclusión de estos pensamientos creo resultará agradable y útil una salida del Papa Juan XXIII.

Durante el Concilio algunos obispos, preocupados por el hecho de que los « viejos » no querían ceder en nada y los « jóvenes » lo querían cambiar todo, habrían pedido consejo al Papa Juan. He aquí su sabia respuesta: « decid a los “ viejos ” que el mundo existirá también después de ellos; y a los “ jóvenes ” que ha existido también antes de ellos ». Huelgan comentarios! Llevemos entonces un espíritu de colaboración, intégrémonos, hagámonos capaces de captar las ideas los unos de los otros: así daremos a la Congregación un precioso aporte.

« Esperémonos unos a otros »

Como dije anteriormente, esta actitud supone y requiere — y no puede ser de otra manera — una actitud sincera de humildad, el sentido honesto e inteligente de nuestra limitación y por consiguiente la ausencia de la presunción de cierto profetismo, y el respeto a los otros, aun a los que no piensan como nosotros.

El card. Garrone hablando precisamente de ciertas vocaciones al profetismo dice « no todas son falsas, pero muchas son ilusorias. Hay que abrir bien los ojos: Dios no multiplica los profetas y debe trans-

currir un tiempo para poder experimentar el valor de su mensaje ». Podemos añadir además que se debe ver hasta qué punto el estilo, el tono, las formas de obrar y especialmente la vida de estos « profetas » dan crédito y atestiguan la bondad de su mensaje.

A la verdad nos dejan perplejos ciertas formas de dogmatismo, ciertas afirmaciones perentorias, ciertos violentos *aut aut* de parte de algunos con respecto a la renovación, ... tanto más que en general provienen de personas evidentemente poco preparadas, o carentes de aquella experiencia de vida que es un elemento indispensable para tratar seriamente los problemas de renovación o en fin de personas que no son ejemplares en su vida religiosa. La perplejidad se agrava cuando nos hallamos frente a ciertos métodos que llamaríamos de presión psicológica tendientes a hacer aceptar a toda costa las propias tesis pescadas al acaso en ciertas avanzadas y muy discutidas hipótesis.

Queridos hermanos, os ruego vivamente: que nadie en nuestra familia se ponga sobre este camino; es una senda equivocada, llena de peligros.

Ciertamente que la claridad y sinceridad con que tenemos el derecho y el deber de manifestar cuanto en conciencia creemos responda al bien de la Congregación, no pueden y no deben estar separadas del respeto a todos y a cada uno de los hermanos, del peso y reflexión que deben preceder todo juicio sobre situaciones concretas, para que estas, en una visión, lo más perfecta posible, sean justipreciadas en todos sus aspectos tanto negativos como positivos.

El que no se atiene a tales criterios, corre el riesgo — entre otros — de realizar una acción contraproducente y por lo tanto con un resultado contrario al que quisiera obtener. En efecto también las ideas, propuestas, reflexiones total o parcialmente buenas, suelen ser, por ley psicológica (mecanismo de defensa) rechazadas totalmente, si en la presentación son por decir así ahogadas en un conjunto de juicios cortantes, condenas fáciles, tonos dogmáticos. Se debe añadir que además las ideas expuestas de tal manera suelen provocar reacciones completamente opuestas: todo extremismo produce fatalmente otro extremismo.

Llega aquí oportuna la palabra del Card. Döfner: invita a todos

a la que él llama « paciencia », pero que nada tiene que ver con el inmovilismo; es más bien una prudente comprensión, o sea humildad y caridad unidas. Estas son sus palabras llenas de sabiduría humana y cristiana: « Esperémonos unos a otros, en esta paciencia de Dios que se manifiesta en Cristo: aquellos que empujan hacia adelante esperen a los que necesitan más tiempo; aquellos que aprecian cuanto se ha logrado, estén preparados para lo nuevo. Hablar de “ paciencia ” puede parecer un pretexto fácil para no dar los pasos necesarios; sin embargo el mayor peligro parece ser hoy precisamente esa impaciencia, que es fruto de un *celo sin caridad* » (*Carta pastoral* 1968).

La humildad paciente y respetuosa de los demás halla sus raíces y su fuerza en la pureza de las intenciones propias.

No os extrañéis que hable de intenciones limpias. El orgullo humano es multiforme y sutil; puede penetrar — sin delatarse — en los pliegues de nuestro espíritu. La historia humana lejana (y aun la cercana) nos es maestra. En su tiempo S. Agustín llamaba la atención así: « Es fácil aferrarse a la propia verdad como a la Verdad ». Hay que sincerarse continuamente ante Dios y la Congregación: la nuestra debe ser en todo momento una búsqueda sincera y serena del bien de la Congregación. Para cerciorarnos de esta « sincera » búsqueda del bien de la Congregación en nuestras manifestaciones de cualquier género, preguntémonos siempre si nuestro celo, como advierte el Arzobispo de Munich, es *sin caridad o con caridad*. La ausencia casual de la caridad (que puede adoptar tantas formas) en nuestra acción preparatoria al Capítulo General, debe hacernos dudar de la bondad de nuestra acción y de su eficacia constructiva. S. Francisco de Sales observa que la violencia en sus múltiples manifestaciones — y que es ausencia de caridad — no puede ser jamás el arma de la caridad.

Evitar los modales contraproducentes

Quizas resulte útil decir algo más concreto sobre este argumento. Creo estéis persuadidos de que los Superiores desean la colaboración de todos los hermanos: una colaboración ofrecida en plena libertad y

por lo mismo con gran responsabilidad. El plan de preparación la exige y promueve de diversas formas, en las varias etapas del trabajo. Recibimos por tanto con gratitud toda forma de colaboración, prestando siempre atención y sincero aprecio a todas las sugerencias, observaciones y participaciones.

Por esto el plan tiene previsto que a los hermanos solos o en equipo puedan enviar al Capítulo Inspectorial o directamente a la Oficina Central de Coordinación propuestas, estudios, documentos.

Precisamente en esta perspectiva nos han llegado de varias partes de la Congregación temores, perplejidades y también reproches de no pocos hermanos, aun muy calificados, abiertos y sensibles a las justas exigencias de la renovación. No se puede decir que estas reacciones carezcan totalmente de fundamento. Estos hermanos se refieren al hecho, de que algunos salesianos singularmente o por grupos han puesto en circulación escritos que invitan a determinadas orientaciones, enviándolos no a las Comisiones preparatorias Inspectoriales o a la Comisión Central, sino prácticamente a toda la Congregación. Estos escritos, fuera del ambiente en que fueron pensados y redactados, se prestan más a confusiones, alarmas o a violentas reacciones que como instrumentos de clarificación constructiva.

Muy queridos hermanos e hijos, deseo asegurar a todos que las ideas, propuestas, sugerencias, etc. serán recibidas y tenidas en lo que se merecen. De esto son garantía también las Comisiones precapitulares Centrales, que como podéis constatar en otra parte de las « Actas » son de una formación amplia y variada; de ellas forman parte hermanos llegados de todos los continentes, ricos de cultura en las diversas ramas del saber; junto a hermanos, sacerdotes, coadjutores de gran experiencia hay otros muy jóvenes. Merecen toda nuestra confianza.

Pero evitemos de transformar nuestro aporte al Capítulo Especial, que puede ser precioso y determinante, en algo que en definitiva, puede anular precisamente el logro de los fines que se quieren alcanzar.

Y estos fines, vaya la repetición, se resumen en pocas palabras: dar una vida renovada a la Congregación, una vida juvenil, abierta y dinámica, una vida ampliamente fecunda en la auténtica vocación de siempre, que Don Bosco nos ha señalado.

Amar y comprender la Congregación para renovarla

Se dijo que desear la renovación de la Congregación es señal de amor sincero hacia ella. No es sólo una figura retórica decir que la Congregación es nuestra Madre. Nosotros, precisamente porque nos sentimos hijos, la amamos concretamente, queremos rejuvenecerla, sanándola de eventuales anemias debidas al enorme desgaste de energías, queremos darle el entusiasmo y el ardor de su primera adolescencia.

Pero este amor concreto no puede jamás traducirse en un desprecio hacia la Congregación, de su pasado — remoto o próximo —, de los hombres que la han acompañado en su proceso y desarrollo, de todo el conjunto de normas y criterios que la han guiado y la rigen aun hoy.

Señal segura de amor es el comprender al ser amado. Nosotros que amamos la Congregación (si alguno no la amase, estaría ya *de facto* fuera de nuestra familia) comprendemos que si hoy miramos muchas cosas con ojos y sensibilidad nuevas, que responden a situaciones y evoluciones sociales, psicológicas, de costumbres, nuevas aun en la Iglesia, esto no nos autoriza absolutamente a condenar un pasado que en definitiva respondía a situaciones profundamente diversas de las nuestras. La madre que ha empleado tanto tiempo en tejer a mano una tela, no será condenada ingratamente por el hijo afectuoso e inteligente en nombre de la automatización actual.

Este amor pues, que se convierte en comprensión, se pecatará que la Congregación es una creatura *sui generis*: no una sociedad filantrópica o política, no una cooperativa de trabajo, un sindicato o una sociedad industrial o comercial: la Congregación tiene fines fundamentalmente sobrenaturales, apostólicos, religiosos: Nosotros en la Congregación, unidos por el vínculo de la caridad, queremos trabajar, vivir nuestra consagración con un apostolado característico en el espíritu de Don Bosco.

Los cambios, las transformaciones, los criterios de renovación deben respetar y tener presente esta realidad: el amor debe responder a las exigencias de la cosa amada. Nosotros hemos recibido de la Iglesia

la orden de renovar la vida religiosa en la Congregación salesiana; no se trata de crear otra Congregación o como quiera transformarla en quien sabe que otra organización de bien o de apostolado.

Haremos bien en servirnos por lo tanto en nuestros trabajos, de las ciencias auxiliares que nos manifiestan la realidad humana y social en la cual debemos movernos. Estudiemos además seriamente los documentos, que seguramente son los más calificados para iluminarnos en el delicado camino de la renovación. ¿Quién tendría la osadía de pensar que puede prescindir de ellos?

Es también indispensable dejarnos guiar sea por los signos de los tiempos como por todos aquellos medios que puedan ofrecer las ciencias y las técnicas oportunas a este fin; pero sobretodo nos ha de guiar la voz de Cristo y de la Iglesia, la fidelidad al carisma y al espíritu del Fundador, el cual, recordémoslo bien, ha repetido muchas veces de haber pensado y fundado la Congregación tras una manifiesta inspiración del Cielo y con la asistencia — en una forma especialísima de predilección — de María Auxiliadora.

Son pensamientos que brotan espontáneamente ante ciertos escritos que circulan aquí o allá, en los cuales la inspiración, las motivaciones y sugerencias son tomadas totalmente de autores, cuya autoridad no queremos aquí discutir, pero con una completa — o casi — exclusión de la voz de la Iglesia, del Concilio y del Magisterio Ordinario del Papa, quien sin embargo continúa ofreciendo las más autorizadas interpretaciones y aplicaciones del Concilio. Escritos en los cuales también son excluidos el pensamiento y la palabra de Don Bosco, siendo sin embargo tan ricas las fuentes salesianas.

Todo esfuerzo será inútil sin una verdadera « conversión »

Antes de terminar esta carta, precisamente para que nuestro trabajo preparatorio al Capítulo Especial tenga un fundamento seguro y metas claras, deseo recordar a todos el aviso que es punto clave de todo el

decreto *Perfectae Caritatis* (18): « La renovación no puede ser tan sólo externa ». La solución de todos nuestros problemas, sea en un plano general como en el de las decisiones particulares, está en el espíritu que debe animar las deliberaciones que se tomarán. Y esto nos dice que el problema de la adaptación de la Congregación es una realidad profunda, esencialmente es un problema de « conversión »: es el pensamiento muchas veces repetido por Pablo VI. Para ser fieles a Cristo y a la Iglesia en el mundo actual y por consiguiente a Don Bosco nuestro Padre y Fundador, estamos invitados a « convertirnos ». Esta acción deberá llevarnos a menudo a una verdadera inversión de nuestras posiciones tradicionales; a una nueva mentalidad y sensibilidad, sea en el campo de los conocimientos como en el de la vida, de la formación y del apostolado.

Todo esto no puede realizarse sin una apropiada preparación de espíritu; este sin embargo es el único modo de ser realmente fieles a nuestro Padre y a la Iglesia actual. El Concilio y luego el Papa, como decía antes, han puesto bien de manifiesto este principio: sin la renovación espiritual e interior, aun « las mejores formas de actualización fracasarán ». Las técnicas, las consultas, las ciencias auxiliares, los programas y luego las nuevas estructuras, los nuevos métodos etc., debemos utilizarlos ciertamente; pero todo este trabajo tan precioso se resolvería prácticamente en nada, si careciera del espíritu, que lo anime; porque, lo vuelvo a repetir, no hemos sido llamados a crear cualquier tipo de organización con fines benéficos, sino a renovar la vida espiritual y apostólica de almas consagradas a Dios en la familia de Don Bosco; de salesianos de hoy y de mañana: y lo que se necesita para lograr este fin es antetodo la intensidad de la vida interior.

Von Balthasar ha afirmado que, para sanear, la crítica debe estar impregnada de amor: « Todos los grandes santos, es decir los dotados de verdadero amor, fueron reformadores. Pero no todos los reformadores fueron santos y por lo tanto algunos de ellos más que construir han destruido ».

Si en la Congregación cuidamos, sea como individuos sea como comunidad, la vida interior, la oración, la unión con Dios, el espíritu de sacrificio, el amor al prójimo, el amor a la Iglesia, y a Don Bosco,

entonces nuestra vitalidad religiosa resolverá eficazmente los problemas de adaptación que los tiempos nos impondrán.

Es una propiedad de los organismos vivientes la adaptación al ambiente; donde no hay verdadera vida no hay real adaptación.

Nuestra empresa necesita espíritu

Como se ve, el problema que nosotros afrontamos en el Capítulo Especial es un problema esencialmente espiritual. Por esto, recordando que sin el auxilio de Dios, que es el « verdadero constructor de nuestra casa », trabajaremos en vacío, intensifiquemos nuestra oración; no hay medio ni forma más eficaz para obtener la presencia activa del Señor en todo nuestro esfuerzo por renovar el edificio de nuestra Congregación. ¡Rezar, pues! Veo con agrado que en muchas Inspectorías hay conciencia de esta realidad, y los hermanos son movilizados para acompañar los trabajos del Capítulo Especial con la oración sentida, auténtica y enriquecida por la caridad y el sufrimiento.

¡Rezar! Esta palabra sin embargo en este tiempo en que vivimos parece haber perdido actualidad. He leído con dolor lo que escribe un periodista al concluir una larga encuesta sobre la crisis y los fermentos religiosos en varios países de Europa. El observa como a menudo al conversar con religiosos y sacerdotes, que se ocupaban intensamente de los problemas de la renovación de la Iglesia, cuando se hablaba de santidad se hallaban como embarazados y mostraban cierto disgusto cuando el diálogo era llevado al plano de la oración.

Esta amarga constatación, que no queremos aceptarla como un hecho general, y mucho menos en nuestra familia, es sin embargo un aviso para todos, tanto más que en la Iglesia escuchamos llamados mucho más autorizados que los de un periodista. Oigamos por ejemplo la palabra del Card. Garrone: « ¿A qué altura se halla la oración en la Iglesia? Los que tienen la responsabilidad de distribuir el agua potable en una ciudad, tienen siempre su atención puesta en las fuentes de las cuales recaban el agua. Los que llevan el peso de la Iglesia, quedan profundamente turbados al constatar, por tantos signos, el decaimiento de la oración en sacerdotes llevados por la acción, descuidados en la

adoración eucarística, en la oración y hasta en su breviario. ¿Qué sucederá entre los fieles si esto acontece entre los pastores? ¿Qué se puede esperar de las búsquedas de renovación, de las nuevas estructuras, si este estudio no es alimentado por la oración y no ha dado las soluciones deseadas? Las comunidades religiosas, que buscan renovarse, deben estar ciertas que sus problemas, que requieren el estudio de elementos de toda clase, nunca podrán ser resueltos, si la atmósfera en la cual se desarrollan no es la sobrenatural de la fe, de la oración y de la caridad. La Iglesia necesita profetas que le señalen el camino. Pero más necesita de santos. Debe mirar a los modelos que en el pasar de los siglos se han atraído su confianza más por su santidad que por sus empresas exteriores. Entonces nada deberá temer. Entonces no correrá el riesgo de descuidar el valor de las investigaciones pacientes, de las observaciones y estudios, pero hará una neta distinción entre instrumentos técnicos y fuerzas espirituales así como entre fin y medios. Entonces especialmente, reestablecida nuevamente en la verdad, sacará de ella nuevas esperanzas » (*Osserv. Romano*, 30-3-69).

Mis queridos hermanos, os invito a meditar estas palabras, que enseñan y a la vez iluminan: nos servirán para persuadirnos que en el contacto filial con Dios hallaremos aquel caudal de energías tan necesarias en una empresa tan difícil y delicada como es la de nuestra renovación. Estas energías no podrán ser proporcionadas solamente por las técnicas y las ciencias humanas, por todas nuestras determinaciones aun las más hermosas. Nuestra renovación no es un simple problema de estudio: La oración nos dará la seguridad y el consuelo en las dificultades y dudas que se presentarán en las etapas que aun nos quedan por recorrer. La oración acrecentará nuestra caridad (Dios es amor); a pesar de diferentes actitudes nos hará concordar en la búsqueda sincera (Dios es verdad) de cuanto podrá dar renovado vigor a nuestra amada Madre la Congregación.

Con el corazón de nuestros primeros hermanos unidos a Don Bosco

Unidos en la oración y en la caridad nos sentiremos muy cerca de nuestro Padre Don Bosco: todos, ancianos y jóvenes, coadjutores y

sacerdotes, hombres de estudio y misioneros, formadores y personal en formación nos apiñaremos alrededor de nuestro Padre con los mismos sentimientos de los primerísimos hermanos de hace más de un siglo, cuando la Congregación estaba en sus albores.

¿Recordáis aquellas palabras? ¡Resuenan como un juramento!

« Cada uno de nosotros, en cualquier lugar se hallare, aunque quedaran dispersos todos nuestros hermanos, aunque no quedaran más que dos solos, aunque quedara uno solo, éste se esforzará en promover nuestra Sociedad y en observar en cuanto le sea posible las Reglas » (M.B. VI, 630).

« Promover nuestra Congregación, es decir hacer la progresar: es la palabra que nos ha dicho Pablo VI; progresar como quiere la Iglesia, como quisiera ahora Don Bosco.

Pues bien, esa firme voluntad de los que vieron nacer la Congregación sea también la nuestra. Nos toca ahora la suerte de ser en cierta manera los artífices y colaboradores del renacimiento de la Congregación: renovación fundamentalmente significa esto. A esta acción vital, a la que tenemos el privilegio de ser llamados por la Iglesia, llevemos todos el sentido de entrega, de fidelidad y de amor a Don Bosco; que animaba a nuestros primeros hermanos: el éxito no podrá faltar.

La Virgen Auxiliadora, que ha guiado los pasos de nuestro Padre en el nacimiento y desarrollo de la Congregación, será Guía y Maestra también en nuestro trabajo.

Recibid mi más afectuoso saludo, os pido me recordéis cada día en vuestras oraciones junto con mis intenciones y necesidades. De mi parte os tengo siempre presentes. El Señor os bendiga y sostenga en vuestros trabajos.

P. Luis Ricceri
Rector Mayor

II. CAPITULO GENERAL ESPECIAL

Comunicaciones e informes del Comité Central de Coordinación

1. La preparación del primer Capítulo Inspectorial Especial

Los informes que han llegado de las Inspectorías sobre la preparación del Ier. Capítulo Inspectorial Especial nos ofrecen modo de presentar a los hermanos una visión sintética, pero bastante significativa del empeño con que se ha trabajado en toda la Congregación.

Ordenamos esos informes según las tareas y los objetivos que el « Iter » para el Capítulo General había a su tiempo indicado para el período de Enero a Mayo de 1969.

A) Trabajo de sensibilización y participación de los Hermanos

Se recibió con grande satisfacción la iniciativa del Rector Mayor que ha querido comunicar el comienzo de la preparación capitular también con una carta personal para cada hermano, pidiendo la participación activa de cada uno, con ideas, instancias y propuestas para aquella « renovación en la fidelidad » que hoy nos pide la Iglesia.

En todas las Inspectorías se reunió, apenas llegó la comunicación oficial sobre el Capítulo General Especial, el Consejo Inspectorial para estudiar cómo organizar el trabajo en cada casa y a nivel inspectorial.

Doquiera se constituyó ante todo una Comisión Preparatoria Inspectorial. En algunos casos fue nombrada directamente por el Inspector, oído el parecer del Consejo Inspectorial. En otras Inspectorías se ha consultado y se ha pedido parecer a los hermanos acerca de su composición y representación. En algunas Inspectorías los miembros de las Comisiones Preparatorias fueron elegidas por los hermanos.

Para presentar a los hermanos los temas generales del Capítulo Especial y para pedir y facilitar la colaboración efectiva de cada uno, se ha considerado oportuno en muchas Inspectorías enviar a las casas los miembros de la Comisión preparatoria u otros Hermanos calificados para orientar las discusiones en los consejos de acción en los grupos espontáneos o con toda la comunidad. Luego en casi todos los lugares se organizaron reuniones inspectoriales, y hasta interinspectoriales, por categorías (Directores, Párrocos, Maestros), Coadjutores, Clérigos, Responsables de sectores específicos, etc.).

Y mientras se adelantaban los trabajos y se ponían a punto los problemas, se organizaron diversos tipos de sondeos en todos los niveles, y no pocas inspectorías han preparado muy amplios cuestionarios.

Fue además señalada por algunas inspectorías la colaboración de los Delegados Inspectoriales para organizar extensos sondeos entre Cooperadores, Ex-alumnos, alumnos y las personas (Clero diocesano, otros Religiosos, Laicos) que colaboran con nosotros, conocen nuestras actividades, o viven en la zona que debería sentir el influjo de nuestra presencia.

Sus respuestas, antes todavía que ser examinadas a nivel inspectorial y central, constituyeron muchas veces motivo de reflexión y de renovado empeño a nivel local en el que fueron formuladas. Donde, por la estrechez de tiempo, todo esto no fue posible, se comprometen a hacerlo más adelante.

Las respuestas, las propuestas y las observaciones de los hermanos contribuyeron eficazmente a las ulteriores orientaciones de las Comisiones Inspectoriales que entretanto se subdividían en cada Inspectoría en sub-comisiones para el estudio de cada uno de los temas principales, e informaban a los hermanos acerca del adelanto de sus trabajos.

En las Inspectorías que publican periódicamente boletines de información y enlace para los hermanos, se imprimieron o ciclostilaron números especiales de esos Boletines, con noticias, nuevas encuestas, actas de reuniones de Comisiones, normas, etc. En otras Inspectorías se inició cabalmente con esa circunstancia la redacción de un apropiado servicio de información para las casas y cada uno de los hermanos.

Para una profundización ulterior de algunos de los temas en discu-

sión, también por medio de esas publicaciones, se han señalado bibliografías, estudios de salesianos y de otros religiosos, documentos de Conferencias Episcopales, etc.

Algunas Inspectorías, terminados esos trabajos, antes del Capítulo Inspectorial Especial, han convocado una Asamblea de los hermanos, llamándolos para uno o más turnos, con amplia posibilidad de debate.

B) Preparación espiritual para el Capítulo

De diversas maneras se ha subrayado casi en todas las Inspectorías que la renovación auspiciada es ante todo, como escribió el Rector Mayor, « interior, espiritual, apostólica, fundada en nuestra conformidad con Cristo, en la fidelidad al carisma especial de Don Bosco y a los “signos de los tiempos” » (A.C.S., 254, pag. 6).

Nos consta que para ese fin en diversas Inspectorías se han programado jornadas especiales de retiro y de oración para los hermanos, interesado también a las comunidades de jóvenes, pidiendo especiales plegarias a comunidades consagradas (Monjas de clausura, etc.).

En vista de esa preparación espiritual se programaron por último la mayoría de los Retiros mensuales y trimestrales de este período.

C) Aclaración de los temas y Comisiones de estudio

Los temas generales presentados en las Actas del Consejo Superior se manifestaron desde el comienzo inmensamente ricos, con múltiples implicaciones teológicas, históricas, jurídicas, operativas.

Por esto, en todas partes se han constituido comisiones de estudio, a nivel de cada casa y a nivel inspectorial. Muchos hermanos han dado vida a grupos espontáneos de profundización; en algunos casos se recurrió también a expertos no salesianos, pero bien informados de nuestros problemas y necesidades. Generalmente se trabajó con responsabilidad, empeño y con éxitos muchas veces realmente satisfactorios, no obstante las objetivas dificultades que — en el momento actual — no interesan únicamente a la vida y a la Congregación Salesiana.

Casi en todas partes las Comisiones y Sub-Comisiones pre-capitulares encargadas de la profundización de los temas generales estuvieron perió-

dicamente en contacto con los hermanos, comunicándoles las actas y los resultados de sus reuniones y el material de documentación.

En diversas Inspectorías se han fichado, anónimas, las propuestas y las indicaciones de cada hermano sobre cada punto de los diversos temas, de una manera clara y orgánica, para brindar a las Comisiones Capitulares la posibilidad de consultarlas con mucha facilidad.

Otras prefirieron insertar las propuestas, con el número de los hermanos que las presentaron, como agregado de los documentos conclusivos.

Fruto de todo este agobiador trabajo de las Comisiones son los « Esquemas » sobre los cuatro temas presentados para el estudio y la discusión del Capítulo Inspectorial. Nos consta que dichos « Esquemas », en la mayoría de los casos, fueron puestos a disposición, con relativa anticipación, de todos los miembros del Capítulo Inspectorial, de manera que pudieran llegar bien preparados a dicho Capítulo.

Se tuvo la delicadeza de enviar a esta Oficina Central, para su conocimiento, muchos de esos « Esquemas » pre-capitulares, y creemos que se pueda afirmar, respetando plenamente la verdad, que se trata de trabajos muy bien llevados bajo cualquier aspecto, de contenido, de documentación, de técnica de presentación.

D) Las elecciones

Las dificultades señaladas a esta Oficina Central acerca de las elecciones para los Capítulos Inspectoriales han sido pocas, y de orden técnico y de procedimiento.

El sistema tradicional ha permitido que se desarrollaran sin ningún inconveniente las elecciones de los delegados de cada casa, con las ampliaciones, en lo referente a las casas no regulares, señaladas en ACS, n. 255, pag. 4.

La mayor extensión del Capítulo Inspectorial, para darle una mayor representación, ha sido aceptada con general satisfacción.

Para la elección de los delegados de los hermanos en las listas inspectoriales de las Inspectorías con territorios muy extendidos, pudo darse algún contratiempo. No han faltado observaciones sobre algunos

aspectos particulares de la nueva fórmula y sobre determinadas maneras de aplicación práctica. Sin embargo los datos que ya poseemos llevan a un juicio substancialmente positivo acerca del experimento, sobre el cual de todos modos sólo el Capítulo General podrá pronunciarse con autoridad.

Todas las Inspectorías entretanto han elegido los delegados según las indicaciones del n. 255 de las Actas del Consejo Superior, y ha comunicado con oportunidad a los hermanos la lista oficial de los capitulares.

En muchas Inspectorías una especial comisión de capitulares elegidos preparó un Reglamento del Capítulo Inspectorial, del cual se envió copia para estudiarlo a todos los hermanos elegidos para el Capítulo. Esto permitió que se enviaran con tiempo observaciones y propuestas de cambios, que se pudieron recoger en un texto definitivo de Reglamento que se aprobaría luego al comienzo del Capítulo Inspectorial.

De la lectura de esos Reglamentos queda confirmada la impresión ya manifiesta que, bajo cualquier aspecto, la denominación de « especial » es de veras muy apropiada para estos primeros Capítulos establecidos en el Iter.

De estos se dará noticia en el próximo número de las Actas.

2. Las Comisiones pre-capitulares centrales

En los primeros días de marzo, el Consejo Superior atacó el problema de la composición de las « Comisiones Pre-Capitulares » según el Iter del Capítulo General Especial (A.C.S., n. 254, pag. 12, par. 9).

Siguiendo las señalizaciones e indicaciones enviadas por los Inspectores con sus Consejos a los Consejeros Regionales, se trató de constituir Comisiones que respondieran a una doble exigencia: amplia representación internacional y juntamente una competencia tal que pueda asegurar la eficiencia y la calidad del trabajo a realizar.

Se tomaron en seguida los contactos necesarios con los hermanos interesados y con sus Inspectores para pedir su consentimiento. Puesto que los trabajos de las Comisiones se desarrollarán en fases sucesivas más bien de larga duración, ya sea los hermanos nombrados, ya sea

las Inspectorías de donde proceden afrontarán no pocos sacrificios para poder brindar ese servicio a la Congregación. Su adhesión atestigua el grande sentido de responsabilidad y de conciencia del interés primordial que adquiere hoy la preparación del Capítulo General Especial.

Han sido constituidas cinco Comisiones, una para cada uno de los « Temas Generales » y la quinta para la revisión de las Constituciones y de los Reglamentos.

Deberán reunirse todas, para la primera fase de los trabajos, desde el 30 de junio hasta el 20 de agosto más o menos, en Roma, en nuestro Instituto San Tarsicio, puesto gentilmente a su disposición.

COMISIONES PRECAPITULARES CENTRALES

Primera Comisión: « Naturaleza y fin de la Congregación »

P. Bini Walter	<i>de la Inspect. de S. Pablo - Brasil</i>
P. Chisté Sergio	<i>de la Inspect. del PAS</i>
P. Desramaut Francisco	<i>de la Inspect. de Lyon - Francia</i>
P. Graham Juan	<i>de la Inspect. de Buenos Aires - Argentina</i>
P. Kramer Miguel	<i>de la Inspect. de München - Alemania</i>
P. Manfredonia Tadeo	<i>de la Inspect. de Nápoles - Italia</i>
P. Natali Pablo	<i>de la Inspect. de Génova - Italia</i>
Sr. Seren Tha Mario.	<i>de la Inspect. Central</i>
Cl. Moloney Francisco	<i>de la Inspect. de Oakleigh - Australia</i>

Segunda Comisión: « La vida consagrada a Dios en la Congregación Salesiana »

P. Cussianovich Alejandro	<i>de la Inspect. de Lima - Perú</i>
P. Da Rold Enrique	<i>de la Inspect. de Ancona - Italia</i>
P. Javierre Antonio	<i>de la Inspect. del PAS</i>
Ing. Osés Luciano	<i>de la Inspect. de Barcelona - España</i>
P. Rodríguez Jaime	<i>de la Inspect. de Bogotá - Colombia</i>
P. Thekedauthu José	<i>de la Inspect. de Madras - India</i>
P. Valabek Francisco	<i>de la Inspect. de Bratislava - CS</i>
Cl. Baca Enrique	<i>de la Inspect. de Buenos Aires - Argentina</i>

Tercera Comisión: « La formación de la vida consagrada en la Congregación Salesiana ».

P. Amoroso Domingo	<i>de la Inspect. de Catania - Italia</i>
P. Broccardo Pedro	<i>de la Inspect. del PAS</i>
Sr. Gamba Carlo	<i>de la Inspect. Central</i>
P. Grieb Gerardo	<i>de la Inspect. de Viena - Austria</i>
P. Rada Alejandro	<i>de la Inspect. de Santiago - Chile</i>
P. Rennekamp Juan	<i>de la Inspect. de Köln - Alemania</i>
P. Swanzey Tomás	<i>de la Inspect. de London - Inglaterra</i>
P. Ugalde Feliciano	<i>de la Inspect. de Valencia - España</i>
Cl. Iribertegui Raymundo	<i>de la Inspect. de Caracas - Venezuela</i>

Cuarta Comisión: « Estructuras y gobierno de la Congregación ».

P. Cayetano Juan	<i>de la Inspect. de Lisboa - Portugal</i>
P. Cogliandro Alfredo	<i>de la Inspect. de Manila - Filipinas</i>
P. Delgado Miguel	<i>de la Inspect. de Caracas - Venezuela</i>
P. Domínguez Félix	<i>de la Inspect. de León - España</i>
Sr. Gallo Pedro	<i>de la Inspect. de Roma - Italia</i>
P. Quartier Mauricio	<i>de la Inspect. de St. Pieters Woluwe - B</i>
P. Scilligo Pio	<i>de la Inspect. del PAS</i>
P. Sesto Genaro	<i>de la Inspect. de New Rochelle - USA</i>
Cl. Manieri Juan Carlos	<i>de la Inspect. de Ancona - Italia</i>

Quinta Comisión: « Revisión de las Constituciones y de los Reglamentos ».

P. Aubry José	<i>de la Inspect. de Lubumbashi - Africa Central</i>
P. García Gonzalo	<i>de la Inspect. de México - Mexico</i>
P. Gozzelino Jorge	<i>de la Inspect. del PAS</i>
P. Kasperlik Leopoldo	<i>de la Inspect. de Krakow - Polonia</i>
P. Perelló Julio	<i>de la Inspect. de Quito - Ecuador</i>
P. Pugliese Agustín	<i>de la Inspect. de Roma - Italia</i>
P. Stella Pedro	<i>de la Inspect. del PAS</i>
Cl. Colombo Juan Mario	<i>de la Inspect. de Milán - Italia</i>

IV. COMUNICACIONES

1. Prórroga de los votos temporales por un tercer período

El Rector Mayor ha pedido a la S. Congregación de Religiosos e Institutos Seculares « la facultad de prorrogar los votos temporales de los religiosos que de él dependen por tres años más, después de los seis concedidos por las Constituciones ».

La S. Congregación ha concedido al Rector Mayor dicha facultad hasta el próximo Capítulo General.

Los Inspectores que vieran la necesidad de pedirla, lo hagan, para cada caso, directamente al Rector Mayor, exponiendo los motivos de su petición.

2. Nombramiento de Obispo

Mons. Alejo Obelar ha sido elegido Obispo Titular de Montemaranó y Vicario Apostólico del Chaco Paraguayo.

3. Nombramientos de Inspectores

P. Alejandro Machuy para la Inspectoría de Hongkong.

P. Juan Bautista Colombini para la Inspectoría de Bang-Kok (Tailandia).

P. Emilio Vallebuona para la Inspectoría de Lima (Perú).

P. José Vaccaro para la Inspectoría de Córdoba (Argentina).

III. DISPOSICIONES Y NORMAS

1. Norma para las fechas de las Sagradas Ordenes

En el espíritu de la Instrucción « *Renovationis causam* » se cree conveniente que para las Sagradas Ordenes no se establezcan fechas rígidamente obligatorias para todos, sino que cada ordenando pueda escoger libremente la fecha de su ordenación.

Esta elección está subordinada a las siguientes normas:

1) para cada orden se establece el tiempo, en conformidad con el Derecho Canónico y los posibles privilegios, anteriormente al cual no es posible ser admitidos a la misma;

2) el Estudiantado Teológico determinará a lo largo de todo el año las fechas en las que se conferirán las órdenes sagradas y cada candidato escogerá libremente entre ellas la de su propia ordenación.

Esta nueva norma, para cuya aplicación se darán más amplias explicaciones a los Estudiantados Teológicos, mira a eliminar cualquier forma de presión moral y a favorecer una más personal y consciente responsabilidad en la recepción de las Órdenes Sagradas.

2. Estudiantes de Filosofía en el P.A.S.

Desde el próximo año académico serán admitidos a frecuentar la Facultad de Filosofía del PAS solamente estudiantes sacerdotes. Los clérigos que ya fueron inscritos hasta el 1969 podrán completar sus cursos.

V. ACTIVIDADES DEL CONSEJO SUPERIOR E INICIATIVAS DE INTERES GENERAL

Durante los tres primeros meses de 1969 el Consejo Superior, hallándose todos sus miembros en Turín, se dedicó a un estudio detallado de algunos problemas importantes que interesan en la actualidad a la vida de la Congregación.

Divididos en cuatro comisiones, los Consejeros prepararon diversas relaciones sobre cuatro grupos de temas, que fueron luego estudiadas en reuniones plenarias del Consejo. Dada la complejidad de los problemas y la grande variedad de situaciones no siempre se creyó oportuno dar conclusiones definitivas, sino únicamente fijar las orientaciones generales de solución. Parece conveniente presentar en rápida síntesis los principales argumentos puestos en discusión para que los Hermanos, informados de ello, puedan dirigir su reflexión a lo que interesa íntimamente nuestra vida y nuestro apostolado.

* * *

La Comisión encargada de los temas de la vida religiosa propuso al estudio del Consejo los modos de actuar prácticamente la circular del Rector Mayor sobre la pobreza. Se indicó a los Consejeros Regionales un programa para desarrollar en un nivel inspectorial y local, para asegurar la más larga aplicación de los principios y de las normas recordadas por el Rector Mayor en el importante documento.

El estudio detenido de la Instrucción de la S. Sede « *Renovationis Causam* » dió motivo para una revisión de todos los momentos y de todos los elementos de nuestro « curriculum » de formación. El Consejo Superior estudió de un modo particular las reformas que podrán ya ser actuadas en breve tiempo, antes del Capítulo General y dió algunas aclaraciones para una interpretación auténtica del documento: los Consejeros Regionales estudiarán con los Superiores responsables la manera mejor para aplicar esas indicaciones y criterios en cada lugar.

El problema de las vocaciones, que actualmente se siente muchísimo, ha sido estudiado a la luz de las últimas estadísticas, que son también para nosotros motivo de preocupación y de responsable examen de conciencia. Particular atención se ha puesto en tratar de individuar las causas de la disminución de la afluencia de vocaciones a nuestros noviciados y de las pérdidas que se observan en los años de formación después del noviciado.

Siendo muy diversa la situación de las naciones a las que se extiende nuestra Congregación, ha sido reconocida la necesidad que el problema de las vocaciones sea estudiado con seriedad y con urgencia a todos los niveles, en cada Inspectoría.

Una vez señaladas claramente para cada ambiente las razones de la crisis actual, será más fácil definir los remedios que se deben aplicar en las diferentes situaciones.

El Consejo Superior necesita para la obra de dirección y animación de la Congregación, sobre todo en este período de preparación al Capítulo General Especial, de un conocimiento exhaustivo y profundo de la vida espiritual de los Hermanos. A ese respecto se ha llevado a cabo un serio examen de la situación que, mientras ha descubierto fallas y defectos propios de nuestra Congregación o reflejos de una crisis más general, al mismo tiempo ha indicado con seguridad la posibilidad y los modos de nuestra renovación. La primacía de la vida espiritual, como condición y premisa para cualquiera renovación de estructuras y de actividades, apareció con evidencia al analizar la vida salesiana hoy, como también la exigencia de infundir de nuevo en los Hermanos arrojo y confianza en la misión actual de la Congregación.

* * *

La Comisión encargada de estudiar los problemas de los Estudiantados Filosóficos y Teológicos orientó su trabajo hacia una doble meta.

Ante todo hizo un examen de la situación concreta de los Estudiantados en la Congregación, considerando sobre todo los que merecían especial atención o por la necesidad de nueva organización material o por los experimentos de colaboración con otros religiosos o por otros motivos de carácter local. Para casos particulares se ha prospec-

tado una solución, que deberá definirse mejor junto con las Conferencias Inspectoriales y con los responsables de las Casas de formación.

Después del examen detallado de la situación de los Estudiantados, se pasó al estudio de algunos problemas de interés más general. Así se consideró la interferencia entre los estudios profanos y la formación eclesiástica en los estudiantados filosóficos; la situación incierta en que nos hallamos actualmente, con todas sus consecuencias, con motivo de la reforma de los estudios eclesiásticos; la dificultad de convivencias demasiado numerosas o demasiado reducidas; la situación del personal durante el trienio práctico; la necesidad de lograr que las ejercitaciones pastorales sean más eficientes y mejor organizadas; la edad para el Noviciado y su incidencia sobre el planteamiento de nuestro « curriculum » formativo, etc. etc.

Se estudiaron más detenidamente los resultados alcanzados hasta el presente en la actuación del plan quinquenal para el personal de las Casas de formación: ya muchos hermanos han sido orientados hacia estudios de especialización en ese sector, sin embargo en el conjunto no todas las Inspectorías han correspondido adecuadamente a este fundamental compromiso para una preparación más calificada de nuestro personal.

Para la recepción de las Órdenes Sagradas en los Estudiantados Teológicos se tomaron deliberaciones comunicadas en otra parte de las « Actas ».

* * *

La Comisión tercera se ocupó de algunas actividades e iniciativas de especial interés y actualidad en la Congregación.

Reconocido el trabajo que se está desarrollando con intensidad en todas las Inspectorías para la preparación del Capítulo General, se procedió a la composición de las 5 Comisiones precapitulares centrales, constituidas por hermanos que deberán catalogar y elaborar el material procedente de los Capítulos Inspectoriales y deducir los esquemas de base para el Capítulo General XX Especial. Se fijó también para la reunión de dichas Comisiones precapitulares el período que corre del 30 de junio al 23 de agosto y se trazaron para ellas los criterios generales de trabajo. Por lo que se refiere a ese argumento ver la rúbrica

especial de las « Actas del Consejo » que desde este número quedará reservada al Capítulo General Especial.

La Comisión tercera se interesó además de las últimas operaciones de reajuste de aquellas Inspectorías que, por lo que a ellas les corresponde, han acabado con su trabajo.

Los documentos conclusivos, fruto del trabajo llevado a cabo en los niveles locales, inspectoriales y central, fueron enviados, con una carta del Rector Mayor, que se encuentra entre los documentos de este número de las Actas, a las Inspectorías de España y Portugal y a las de las Conferencias Inspectoriales presididas por el Rvmo. P. Tohill.

Están por ultimarse los documentos conclusivos de las demás Inspectorías Europeas, mientras los de la América Latina se redactarán al regreso de los Consejeros Regionales P. Garnero y P. Castillo. Así dentro del año en curso se concluirá esta operación, explícitamente querida por el Capítulo General XIX.

Siempre conforme a las indicaciones del Capítulo General XIX la Comisión tercera estudió y presentó una iniciativa que el Consejo Superior ha aprobado. Se trata del movimiento intitulado « Terra Nuova ». La iniciativa promovida por nuestra Congregación tiende a preparar y orientar a Voluntarios laicos, procedentes en especial de nuestras organizaciones, que trabajan en Grupos comunitarios de Servicio Social y en lugares de Misión. El carácter misionero de nuestra Congregación, las necesidades en continuo aumento de nuestras Misiones, el espíritu apostólico que nuestra educación quiere dar a los jóvenes hacen de esta iniciativa una obra en pleno acuerdo con el carisma de nuestra Congregación.

* * *

La Comisión cuarta enucleó algunas directrices para la organización de diversas obras nuestras que, en el plan de reajuste de la Inspectoría Central, deberán enfrentarse en los próximos años con adaptaciones según las nuevas exigencias apostólicas.

Se estudió también la configuración que deberán tomar en la Congregación las Visitadurías y las Delegaciones regionales, para las cuales no había hasta ahora un reglamento preciso.

VI. DOCUMENTOS

1. Prórroga de los votos temporales para un tercer período

SAGRADA CONGREGACIÓN
DE RELIGIOSOS
E INSTITUTOS SECULARES.
N. 2513/59

Beatísimo Padre:

El Rector Mayor de la Sociedad Salesiana de S. Juan Bosco implora de Su Santidad la facultad de prorrogar los Votos temporales de los religiosos a su dependencia por tres años más después del sexenio concedido por las Constituciones, por la razones aducidas.

Pidiendo la gracia, etc.

Vigore facultatum a Summo Pontifice tributarum, Sacra Congregatio pro Religiosis et Institutis saecularibus, attentis expositis, annuit pro gratia iuxta preces usque ad proximum Capitulum Generale, servatis ceteris servandis.

Contrariis quibuslibet non obstantibus.

Datum Romae, die 13 martii 1969.

(L ✠ S.)

D. M. Huot, s.m.m.
Subs.

C. Addivinola
Ad. a Studiis.

2. Carta del Rector Mayor a los Hermanos para presentar las conclusiones del « Ridimensionamento »

Hermanos queridos:

El presente documento enviado a todos y a cada uno de vosotros, os presenta las conclusiones de la operación « *Ridimensionamento* ».

Es el fruto de una colaboración amplia y capilar y su redacción reúne y fija en un modo sintético las observaciones y las propuestas surgidas a nivel de las Casas, de la Comisión Inspectorial de « Ridimensionamiento », del Consejo Inspectorial, de la Comisión Central de « Ridimensionamiento » y por último del Consejo Superior: estos fueron en efecto los estadios por los que pasó sucesivamente el estudio del « Ridimensionamiento ».

Es la primera vez que todos los Hermanos y los órganos directivos de la Congregación se ven interesados a un examen de conciencia común y a una reflexión seria sobre nuestra vida y nuestras obras a la luz de los criterios y de las directrices del Capítulo General XIX.

No causa pues maravilla que la compleja operación haya tropezado con incertidumbres, deficiencias técnicas, visión no siempre muy clara de las finalidades a conseguir y de los caminos a recorrer. Sin embargo fue, bajo muchos aspectos, muy útil: pues sirvió ante todo para aumentar en la Congregación el sentido de corresponsabilidad, hoy particularmente necesario en cualquier comunidad religiosa y apostólica.

Estos documentos aprobados por el Consejo Superior no quieren representar la conclusión de todo el trabajo anterior, sino más bien el punto obligado de referencia bajo el aspecto de actuación.

Las anotaciones, las observaciones y las orientaciones que en ello se contienen deben por lo tanto guiar el trabajo y el plan de acción de la Inspectoría, en cuya actuación se compromete, con el Inspector y su Consejo, toda la Inspectoría.

Deseo agradecer a todos los Hermanos, especialmente a las Comisiones, la colaboración para ese primer examen general y ruego a Dios para que dé fecundidad a vuestro esfuerzo para actuar sus orientaciones y deliberaciones.

Pido sobre cada uno de vosotros la bendición de María Auxiliadora; nuestro Padre Don Bosco os acompañe siempre.

P. Luis Ricceri
Rector Mayor

VII. MAGISTERIO PONTIFICIO

1. Estar en el mundo, sin ser del mundo

Del discurso pronunciado por el Papa el 17 de febrero de 1969.

Recordemos, ante todo, algunas ideas dinámicas difundidas hoy por toda la Iglesia y que suscitan no poca turbación, especialmente en el clero.

La primera de ellas se refiere a la figura del sacerdote

En el sacerdote se consideran casi siempre los aspectos exteriores, su posición sociológica, su lugar en el cuadro de la sociedad contemporánea que, como es sabido, está toda ella en movimiento, en continua transformación. Mientras tanto, el sacerdote se ha quedado fijo en su puesto y se ha visto así abandonado de su comunidad tradicional. En muchos lugares, se ha hecho el vacío en torno a él; en otros, ha cambiado la gente confiada a su acción pastoral, y resulta ahora difícil acercarse a ella, comprenderla, hacer que se interese por las cosas religiosas y formar con ella una comunidad compacta, fiel, orante.

En estas circunstancias, el sacerdote se pregunta qué puede hacer en un mundo tan distinto del que tenía en otro tiempo ante sus ojos. ¿Quién le escucha? ¿Cómo puede hacerse oír?

El sacerdote se siente como un fenómeno social extraño, anacrónico, impotente, inútil y hasta ridículo.

Es entonces cuando aparece la idea nueva y dinámica: hay que hacer algo, hay que osarlo todo para acercarse al pueblo, para comprenderlo, para evangelizarlo.

La idea en sí misma es estupenda. La hemos visto germinar de la caridad del corazón desolado del sacerdote que se ha sentido excluido del mundo histórico, social y humano, en el que debía figurar como un personaje central, maestro y pastor; y en el que, por el contrario, se ha convertido en un forastero, solitario, superfluo y becado. La incongruencia y el sufrimiento se han hecho así intolerables. El sacerdote

ha buscado entonces inspiración y energía en la esencia y en la profundidad de su vocación. Hay que moverse — ha dicho — y comenzar de nuevo la « misión ». Y a veces ha dicho que hay que obrar así, aunque sea con menoscabo de la celebración del culto divino y de la administración normal de los sacramentos.

La idea, repetimos, resulta estupenda y es signo de una conciencia sacerdotal elevadísima. El sacerdote no es para sí, es para los demás.

El sacerdote debe salir al encuentro de los hombres para hacer de ellos fieles, y no sólo esperar que los hombres vengan a él. Si su iglesia ha quedado vacía, debe salir « por las plazas y calles de la ciudad » en busca de la pobre gente, y luego también por los « caminos y cercados », y obligar a entrar a los invitados que encuentra (cfr. *Lc.* 14,21-23).

Esta urgencia apostólica apremia a los corazones de muchos sacerdotes cuyas iglesias se hallan desiertas. Y siendo así, ¿cómo no admirarlos?, ¿cómo no sostenerlos?

Perfeccionar las formas tracionales de apostolado

Pero, estemos atentos, precisamente teniendo en cuenta el carácter experimental y positivo del apostolado.

En primer lugar, no siempre es así. Existen todavía comunidades con un gran número de fieles, deseosas de mantener una observancia regular. ¿Por qué abandonarlas? ¿Por qué cambiar el método de apostolado usado para ellas, si el actual es todavía válido, auténtico y maravillosamente fecundo? ¿No traicionaremos la fidelidad de tantos buenos cristianos, tentando aventuras de éxito incierto?

En segundo lugar, cuando basta abrir una nueva iglesia y acoger con amorosa solicitud a la gente, que acude espontáneamente, ávida de la palabra divina y de la gracia sacramental, ¿por qué inventar nuevos y extraños métodos apostólicos de éxito dudoso y de existencia tal vez precaria? ¿No es acaso más conveniente perfeccionar las formas tradicionales haciéndolas florecer, como nos enseña el Concilio, con mayor acomodación a la realidad pastoral, con nueva belleza y con nueva eficacia, antes de ensayar otras, frecuentemente arbitrarias y de resultado incierto o limitado a grupos particulares, separados de la comunión del pueblo fiel?

La norma del Evangelio

No olvidaremos la enseñanza de Jesús, el cual nos recomienda dejar las noventa y nueve ovejas que se encuentran seguras para ir en busca de la única perdida (cfr. *Lc. 15,4*). Esto vale, sobre todo, si, como sucede hoy en determinadas situaciones, los términos estuvieran invertidos; es decir, si la oveja que se halla al seguro fuera una, y noventa y nueve las dispersas. Pero deberá guiarnos siempre el criterio de la unidad y de la solidaridad de nuestra grey, el criterio del amor pastoral y de nuestra responsabilidad hacia las almas, teniendo presente su inestimable valor.

Hay que estar atentos. La necesidad, más aún, el deber de una misión eficaz y encarnada en la realidad de la vida social puede producir otros inconvenientes, como el de desvalorizar el ministerio sacramental y litúrgico, cual si fuera un freno y un obstáculo a la evangelización directa del mundo moderno; o el de querer convertir al sacerdote — como sucede hoy con mucha frecuencia — en un hombre como otro cualquiera, en el modo de vestir, en la profesión profana, en la frecuentación de espectáculos, en la experiencia mundana, en el compromiso social y político, en la formación de una familia propia con la abdicación del sagrado celibato.

Se dice que de este modo el sacerdote se integrará en la sociedad. ¿Debemos interpretar así la expresión magistral de Jesús que nos quiere en el mundo, pero sin ser del mundo? ¿No ha llamado y elegido El a sus discípulos a aquellos que debían proclamar y extender el anuncio del Reino de Dios, distinguiéndolos, más aún, apartándolos del modo común de vivir, y pidiéndoles que lo dejaran todo para seguirle a El solo?

Entrega total a Cristo

Todo el Evangelio habla de esta « distinción », de esta « especialización » de los discípulos que han de actuar después como apóstoles. Jesús, con un sacrificio radical por parte de ellos, los separó de sus

ocupaciones ordinarias, de sus intereses legítimos y normales, de su asimilación al ambiente social, de sus afectos sacrosantos; y los quiso dedicados a El, con una donación completa, con un compromiso irreversible, contando, sí, con su libre y espontánea respuesta, pero exigiendo de antemano una renuncia total y una inmólación heroica.

Oigamos de labios de Jesús el elenco de las cosas a las que hemos de renunciar: « *Omnis, qui reliquerit domum, vel fratres aut sorores, aut patrem aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros propter nomen meum...* »: « Todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre... » (Mt. 19,20). Los discípulos tenían consciencia de su personal y paradójica situación. Pedro dice: « *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus Te* »: « Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido » (ib. 27). El discípulo, el apóstol, el sacerdote, el auténtico ministro del Evangelio, ¿puede ser socialmente un hombre como los demás? Es cierto que debe ser pobre como los pobres, hermano de todos, siervo de los demás, víctima por ellos « ... el buen Pastor da su vida por las ovejas » (Jn. 10,11); pero al mismo tiempo dotado de una función altísima y especialísima: « *Vos estis sal terrae... Vos estis lux mundi!* »: « Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo ».

Esto es evidente si tenemos una idea clara de la composición orgánica del cuerpo eclesial. San Pablo no podía ser más explícito a este respecto: « *Corpus non est unum membrum, sed multa... Quod si essent omnia unum membrum, ubi corpus? Nunc autem multa quidem membra unum autem corpus...* »: « El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos... Si todos fueran un miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Los miembros son muchos, pero uno solo el cuerpo » (1 Cor. 12,14-21).

Asegurar la eficacia de la acción sacerdotal en el mundo, sin caer en sugerencias peligrosas

La diversidad de funciones es un principio constitucional de la Iglesia de Dios. Y esta diversidad hay que aplicarla en primer lugar al sacerdocio ministerial. Procuremos no perder la específica misión sacerdotal por un mal entendido afán de asimilación, de « democrati-

zación », como suele decirse hoy, dentro de la sociedad que nos rodea: « Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres » (Mt. 5,13). Son palabras del Señor que deben hacernos reflexionar sobre el discernimiento necesario en la aplicación de la conocida fórmula: estar en el mundo, pero sin ser del mundo.

La falta de este discernimiento, del que tanto nos han hablado la educación eclesial, la tradición ascética y el derecho canónico, puede producir efectos precisamente contrarios a los que un incauto abandono de aquél nos había hecho esperar: eficacia, renovación, modernidad.

Se puede anular fácilmente la eficacia de la presencia y de la acción del sacerdote en el mundo. Esa eficacia que se quería conseguir tratando de reaccionar imprudentemente contra la separación del sacerdote del resto de la sociedad. Puede quedar anulada esa eficacia al perder la estima y confianza del pueblo y ante la exigencia práctica de dedicar a ocupaciones profanas y a afectos humanos un tiempo, un corazón, una libertad, una superioridad de espíritu (cfr. 1 Cor. 2,15) que el ministerio sacerdotal exigía exclusivamente para sí.

Propósito generoso y sugestión errónea

Lo repetimos, venerables hermanos y amados hijos: hay que estar atentos.

El deseo de hacer entrar al sacerdote en el engranaje social, dentro del cual se desarrolla su vida y su ministerio, es bueno. Pero este generoso propósito de salir del retiro de una situación cristalizada y privilegiada puede convertirse en una sugestión errónea gravísima, capaz de paralizar la vocación sacerdotal en lo que tiene de más íntimo, carismático y fecundo; puede destruir de golpe el edificio de la acción y de las posibilidades pastorales. Puede también exponer a los sacerdotes buenos, especialmente a los jóvenes, al influjo de extrañas corrientes ideológicas discutibles y peligrosas que están de moda. Los puede hacer exteriormente vulnerables y exponerlos a la aceptación ciega e incontrolada de las ideas ajenas.

El gregarismo ideológico y práctico se ha hecho contagioso. Por

ejemplo, en una relación bien documentada sobre los acontecimientos del pasado mes de mayo en el ambiente universitario francés, leemos lo siguiente: « Se ha comprobado también el influjo de la mentalidad maoista en ciertos capellanes de estudiantes » (« *On a signalé aussi l'imprégnation de la mentalité maoïste chez certains aumôniers d'étudiants* »).

El problema de la autoridad en la Iglesia

Hay que estar atentos.

Otra idea dinámica, también loable en su origen, pero con frecuencia inoportuna en su formulación y explosiva en su problemática aplicación, es la referente a las llamadas « estructuras ».

No se ve claro cuál es el significado que se atribuye en el lenguaje eclesiástico a esta palabra, especialmente si se quiere tener el debido respeto a la obra de Cristo, a la Iglesia tal como es, en su diseño constitucional, en su patrimonio doctrinal, en su elaboración tradicional, cual instrumento y sacramento de la salvación. Sin embargo, prevalece una fórmula: hay que cambiar las estructuras. ¿Es esto posible? ¿Es lícito? ¿Es útil?

Me parece que, a veces, el espejismo de una Iglesia invisible o la ilusoria esperanza de poder eliminar las dificultades y la materialidad de la Iglesia-institución, para conservar un cristianismo puro, de vaga y libre concepción, o la temeraria utopía de crear una Iglesia según la propia inventiva, impiden que se reflexione sobre la superficialidad de esas ambiciones. Esto sucede especialmente cuando se quiere comenzar el cambio de las estructuras destruyendo en lugar de reformar las ya existentes y cuando los que toman la iniciativa carecen de autoridad y experiencia para una empresa tan importante.

Bajo el velo transparente de un abstracto nominalismo, se desean a veces novedades destructoras, sin tener en cuenta dos cosas que deberían aconsejarnos sabiduría y prudencia.

La primera es que la modernización de las estructuras, o mejor, de la legislación eclesiástica, se está realizando ya; pero, para que resulte saludable y vital, y para que sea fruto de la colaboración respon-

sable de los que saben y pueden realizarla, requiere estudio y paciencia. Somos nosotros los primeros en impulsar esta obra, principalmente mediante la revisión del Código de Derecho Canónico.

La segunda es que las estructuras, hoy objeto de « contestación », no son, la mayoría de las veces, contrarias a los efectos que se pretende conseguir cambiándolas.

Esto lo sabe perfectamente quien conoce la Iglesia por dentro. Y, aun lamentando ciertos defectos innegables, ve que el amor, la obediencia, la confianza y el celo pueden reanimar fácilmente las antiguas estructuras, como el tronco de un añoso olivo, produciendo una nueva vegetación de genuina vitalidad cristiana.

Pero algunos esto no lo ven. Se quieren cambiar las estructuras sea como sea; y muchos, hablando así, piensan que la autoridad en la Iglesia es causa de fastidio. Quieren abolirla y no se puede. Quieren hacerla derivar de la comunidad y contradicen así el carácter constitucional de la Iglesia, que Cristo quiso que fuera apostólica. Quieren que la autoridad sea un servicio, y está bien, con tal de que ese servicio sea el que compete a la potestad pastoral. Quieren ignorar la autoridad; pero, ¿cómo puede permanecer auténtico un cristianismo sin magisterio, sin ministerio, sin unidad y potestad derivante de Cristo? (cfr. *Gal.* 1,8-9; *2 Cor.* 1,24; *2 Cor.* 10,5; etc; San Ignacio de Antioquia, *Carta a los Magnesios*, IV).

La autoridad en la Iglesia: no le es fácil hacer su apología a quien experimenta su enorme peso y no ambiciona este honor; baste por ahora la sencilla defensa que acabamos de hacer.

Unidad de fe, de caridad, de disciplina

Nuestro discurso se va alargando sin que os hayamos hablado de lo que más nos preocupa en este momento: la renovación de todo el conjunto de relaciones dentro de nuestra Iglesia.

Quisiéramos que la diócesis de Roma siguiera presidiendo a todas en la caridad (cfr. S. Ignacio de Antioquia, *Carta a los Romanos*, Prólogo). Elogiamos y alentamos a los que trabajan para dar consistencia a nuestra comunidad romana, para darle ambiente de amistad,

de bondad, de concordia, de mutua estima y de confianza, de generosa colaboración.

Deseamos que « no haya entre vosotros cismas »: « *non sint in vobis schismata* » (1 Cor. 1,10). Pueden existir diversidad de criterios prácticos, de opiniones libres, variedad de investigaciones científicas, multiplicidad de iniciativas pastorales, novedad de instituciones buenas, etc.; pero, al mismo tiempo y sobre todo, debe reinar entre nosotros la unidad de fe, de caridad, de disciplina.

Procurad ver, amados hermanos e hijos, cómo el estilo de nuestro gobierno eclesiástico quiere ser pastoral; es decir quiere estar guiado por el deber y por la caridad, abierto a la comprensión y la indulgencia, exigente en la lealtad y en el celo, pero paternal, fraterno, humilde en el sentimiento y en las formas.

Quisiéramos que, con la ayuda del Señor, apreciárais y amárais este aspecto de nuestro estilo pastoral. Tratad de comprendernos, y ayudadnos. Igualmente vosotros, los sacerdotes mayores que tenéis algún cargo de responsabilidad, procurad comprender a los hermanos que os prestan su servicio, especialmente a los sacerdotes jóvenes. Que estos nuestros queridos sacerdotes jóvenes, se sientan estimados, amados de verdad. Está muy bien que empleen el diálogo para establecer con sus superiores relaciones de sinceridad y confianza, pero sin quitar al que dirige la responsabilidad y la libertad de decidir y sin privarse a sí mismos del mérito de la obediencia.

El misterio redentor de la obediencia de Cristo se realiza y se celebra entre nosotros mediante un común afán de obediencia.

Demos vida a las nuevas instituciones eclesiásticas que el Concilio ha establecido: el Consejo Presbiteral y la Comisión Pastoral. Dedicemos a los problemas diocesanos un interés solidario y una actividad renovada y generosa. En una palabra, practiquemos la caridad como carisma interior de gracia y amor y como expresión práctica exterior de servicio a todas las necesidades de los hermanos y de la sociedad, especialmente de los pobres, de la clase obrera y del mundo estudiantil; ésta es la causa de Cristo. Sea éste nuestro programa para la cuaresma. Así podremos todos celebrar y vivir una vez más con plenitud de fe y alegría el misterio pascual.

2. La difícil relación « jóvenes-adultos », hoy

Del discurso pronunciado por el Papa el 10 de febrero de 1969.

Ante todo, queremos dirigir la atención sobre el fenómeno tan preocupante y generalizado de la inquietud, de la « contestación », que caracteriza al mundo juvenil en general y al mundo de la escuela en particular y que hace hoy tan difíciles las relaciones entre jóvenes y adultos.

Misión de servicio

No es difícil descubrir en este fenómeno un reflejo de la crisis de autoridad que perturba al mundo moderno. En un clima semejante, no podemos extrañarnos que también la escuela y su dignidad se vean amenazadas. Se comprende así la actitud de escepticismo y de crítica, por no decir de desprecio, que algunos jóvenes de hoy toman frente a quienes tienen la delicada misión de instruirlos y educarlos. Nunca como ahora, por lo tanto, los profesores deben sentir el deber de salvaguardar este valor auténtico y fundamental de su profesión de maestros y educadores, sin dejarse llevar por la desconfianza y el desaliento, antes bien, dando a su tarea con plena conciencia toda la carga de misión de servicio que requiere.

Sin embargo, nos parece que la actual agitación juvenil, incluso en sus cambiantes y a menudo desconcertantes manifestaciones, también permite descubrir en el espíritu de los mejores estudiantes fermentos de exigencias que podrán ser útiles y fecundos, si logran encontrar en los adultos más confianza y comprensión.

No se puede negar que muchos problema, planteados a menudo por los jóvenes con tanta violencia y aspereza, son problemas reales. No pueden decirse del todo ilegítimos los reproches contra ciertas formas excesivas e irracionales de autoritarismo, el deseo de los jóvenes de sentirse elementos más activos y en alguna medida responsables de la vida social, ni tampoco la aspiración juvenil a una mayor participación en la vida de la escuela y, en consecuencia, la concesión de una mayor amplitud a las iniciativas estudiantiles.

El fenómeno actual, por lo tanto, ha de ser estudiado con atención, firmeza, humildad y paciencia. Sin condescender con los excesos o las

intemperancias y sin abdicar de la propia misión específica educativa, los adultos deben saber dar lugar a un diálogo fraterno con los jóvenes, inspirado en la caridad y en la comprensión. Únicamente si escuchamos seria y serenamente sus propuestas, podremos exigirles que mantengan dentro de los límites de lo razonable sus exigencias y canalizar así útil y constructivamente el rico patrimonio de sus energías.

Colaboración de la familia

Queremos señalar además otro problema.

Como profesores católicos en una perspectiva de renovación de las estructuras escolares, no podéis dejar de lado las relaciones imprescindibles que se establecen entre la escuela y la familia para lograr la continuidad en la educación.

La familia, al tener como fin la procreación y la educación de los hijos, posee por esto mismo una prioridad de naturaleza y, consecuentemente, una prioridad en cuanto al derecho y al deber en el ámbito educativo con relación a la sociedad.

La familia no debe y no puede renunciar a este derecho.

Es necesario, por lo tanto, que, junto a los profesores y a los alumnos, también las familias se hagan presentes en la escuela y se sientan responsables de la orientación educativa de la comunidad escolar. Hasta hoy, por desgracia, la familia italiana se ha mantenido prácticamente ausente de la escuela. No siempre se ha solicitado la colaboración consciente de los padres. Además, cuando se planteó el problema de las relaciones entre las dos instituciones, se hizo preferentemente desde el punto de vista de los intereses prácticos o puramente culturales y no de los intereses educativos.

Es nuestro deseo que vuestra Unión llame eficazmente la atención de las familias y de las autoridades responsables sobre este problema. Si además este intercambio de energías vitales se extiende también al plano de la concepción cristiana de la vida, entonces los resultados adquirirán una importancia particular para el bien común, ya que se favorecerá la formación del hombre, del ciudadano y del cristiano de un modo más interior y unitario.

El testimonio cristiano del educador

Pero el problema fundamental para lograr una presencia católica eficaz en la escuela seguirá siendo siempre el del testimonio de vuestra fe: una fe auténtica, viva, conocida, amada, vivida, tal como el Concilio Ecuménico pretende de todo laico en el ámbito de su profesión, para que infunda el espíritu cristiano en la sociedad.

Aquí reside la importancia de vuestra formación espiritual personal, que integra, profundiza y reaviva la formación propiamente cultural. Un profesor no podrá considerarse jamás a la altura de sus responsabilidades, aún estando culturalmente preparado, si limita su trabajo a la instrucción propiamente dicha y si se considera menos comprometido en la obra más vasta y profunda de la educación.

Y ¿quién podrá realizar esta misión mejor que un profesor católico? Iluminado por la fe, sólo él está en condiciones de comprender plenamente toda la dignidad personal de su alumno y, en consecuencia, todo el valor, la santidad y la responsabilidad de su misión educadora.

En un momento en que, debido a la explosión escolar en marcha, el número de los maestros va aumentando cada vez más, la necesidad de educadores verdaderamente capaces y cristianos es, a nuestro parecer, la más urgente de las exigencias actuales de la escuela italiana.

Creemos, por lo tanto, que esta formación constituye la aportación preciosa y original que el profesor católico puede brindar hoy a la escuela.

3. La misión de los jóvenes en el mundo actual

Discurso del Papa el 30 de marzo de 1969

¡Jóvenes!, hijos y amigos carísimos.

A vosotros dirigimos hoy nuestra palabra con una intención especial, a vosotros que nos estáis escuchando. Sí, existe una juventud que escucha todavía la voz de la Iglesia. Y la escucha, no sólo porque se ha encontrado ante esta Cátedra arrastrada por la rutina, la obediencia o la presión social, sino porque le ha guiado hasta aquí una esperanza: la

esperanza de encontrar una revelación, una intuición, un rayo de luz que ilumine el panorama de la vida y nos haga ver dónde nos encontramos y a dónde tenemos que ir, es decir, que nos sirva de orientación.

Decidme, jóvenes carísimos. ¿No experimentáis en vosotros mismos esta exigencia de claridad, esta necesidad de saber si hay algún ideal, algún valor, alguna meta que sea capaz de dar sentido y de orientar vuestra vida, y de descubrir cuál es precisamente ese ideal, ese valor, esa meta?

Vitalidad exuberante

Todos sabemos, y vosotros tal vez lo habéis experimentado, que actualmente existe en la juventud, un gran movimiento de fuerzas y de aspiraciones que explotan en manifestaciones de todo tipo, a menudo violentas y casi siempre en contra de algo: contra las pautas de comportamiento y los modos de pensar de los otros, contra las costumbres de ayer, contra las leyes vigentes, contra las instituciones heredadas del pasado. Sí, una apremiante necesidad de cosas nuevas, de originalidad, de libertad incita hoy, frecuentemente con acentos de rebeldía, al espíritu juvenil.

La vitalidad de los jóvenes se expresa en sentido negativo, y parece complacerse en los desórdenes que sabe provocar y en los problemas que es capaz de suscitar, en vez de encontrar su complacencia en el sentido positivo que encierra su desbordante intervención en el cuadro social, al que la opinión pública califica de orden establecido.

Los movimientos juveniles impugnan esta situación con un convencimiento tan vigoroso como despreocupado e inconsciente en relación con lo que práctica y prudentemente habría que instaurar en su lugar. Este es el terrible problema de esta hora de turbación en el terreno de las ideas y en el campo social.

Pero no es de esto precisamente de lo que nosotros queremos hablaros ahora. A ello hemos aludido sólo con el fin de que sepáis que también la Iglesia tiene los ojos abiertos para observar y considerar con cariñosa y trepidante vigilancia el gran fenómeno de la agitación juvenil y tiene en su corazón mucho que decir y que hacer sobre el particular.

Una misión formidable

En estos momentos todo gira en torno a la celebración del misterio Pascual y todo está vinculado a la reevocación del acontecimiento evangélico que bien conocéis: la entrada clamorosa y triunfal de Jesús en Jerusalén, entre el alborozo de la inmensa multitud, reunida en la Ciudad santa con motivo de la Pascua, que le aclama hijo de David (*Mt.* 21,9) y Rey de Israel (*Jo.* 12,13), es decir, el Mesías, el misterioso Personaje anunciado por los profetas, esperado durante siglos, revestido de la autoridad y del poder de descubrir y realizar el destino maravilloso del pueblo elegido. No cabe duda de que esta celebración tiene también algún acontecimiento que anunciarnos, alguna renovación que inaugurar para nuestras vidas. Ahora precisamente queremos comunicaros a vosotros un único pensamiento. Un pensamiento que concentra un gran número de nuestras reflexiones. Un pensamiento que creemos tiene valor profético y que va dirigido a todos los creyentes, pero de manera especial a vosotros, los jóvenes.

Escuchadme bien. El pensamiento es éste: Hoy toca a los jóvenes anunciar a las gentes que Cristo es el Salvador del mundo: el Cristo auténtico, el Cristo siempre vivo en la Iglesia que lo predica, lo personifica, lo comunica.

¡Hoy les toca a los jóvenes! Os toca a vosotros, hijos y amigos carísimos; a vosotros se os ha encomendado una misión. Vosotros tenéis una función que cumplir en esta nuestra sociedad tan inmensamente rica en energías y en maravillas, pero también tremendamente desorientada en relación a los fines auténticos e insustituibles que debe perseguir; una sociedad tan orgullosa de sí misma y al mismo tiempo tan descontenta; tan culta e inteligente, y a la vez tan corroída por la duda y tan ciega en lo que se refiere al recto camino de su felicidad; tan organizada, y al mismo tiempo tan amenazada por su propia organización; tan llena de esperanza y de ansiedad, y en el fondo tan desconfiada, escéptica y desesperada; tan refinada en cada una de sus manifestaciones, y a la vez tan pasional y corrompida.

Nos referimos a vosotros, hijos de nuestro tiempo, sensibilísimos a su lenguaje, a su índole, a su espíritu; pero limpios, creemos, de sus

contaminaciones. Nos referimos a vosotros, adolescentes; a vosotros, jóvenes maduros, prodigiosamente hermosos, deliciosamente intactos, intencionadamente sencillos, lógicos, rectos; a vosotros que sois física y moralmente fuertes; a vosotros, alegres y vivaces; a vosotros, libres y dóciles; a vosotros, no intolerantes, sino capaces de aceptar lo bueno de vuestras familias; a vosotros, que habéis crecido en un clima de fe y de oración; a vosotros, en una palabra, que sois alumnos de Cristo.

Sí, vosotros tenéis la misión de anunciar a nuestro mundo moderno el verdadero Mesías, el Cristo auténtico, el Salvador insustituible. Vosotros tenéis que mostrar a los hombres de nuestro tiempo el rostro luminoso de Jesús, radiante por el misterio profundo de su real divinidad y por el misterio evidente de su incomparable humanidad. Es el rostro del Hijo de Dios y del Hijo del hombre. Es el prototipo de la humanidad, el Maestro, el Hermano, el Guía. El es el Profeta, de quien todos podemos fiarnos aún. Pero además, por un drama trágico y feliz al que no podemos sustraernos, El es el hombre del dolor, es la víctima de toda humana perversidad, es el Redentor, el Amor inocente que se ha sacrificado. El es en sí mismo la vida, y por nosotros la muerte. Finalmente, El es el Resucitado por nuestra salvación: « *propter justificationem nostram* » (*Rom.* 4,25).

Pero, tal vez objetaréis: este es el mensaje que ha sido reservado a los apóstoles, a los ministros del Evangelio, a los maestros de la Iglesia. Ciertamente; este es su deber específico, su ministerio. Pero hoy, ahora, es también vuestro mensaje. Esta es la novedad de nuestro tiempo; este es el síntoma de la primavera que caracteriza la edad presente; este es el acto de confianza que la Iglesia hace en el Laicado católico y especialmente en vosotros, jóvenes. Recordad las palabras del Concilio: « Los jóvenes ejercen en la sociedad actual un influjo de gran transcendencia... Este aumento de la importancia de las generaciones jóvenes en la sociedad exige de ellos una correspondiente actividad apostólica... También los niños tienen su propia actividad apostólica » (*Apostolicam Actuositatem*, n. 12).

Testimonio de la juventud

De nuevo objetaréis: ¿Cómo haremos para llevar a cabo una misión tan delicada, tan difícil e impopular? Es cierto. Tenéis razón al advertir la dificultad inherente al testimonio cristiano en nuestra sociedad. Pero, decidme: a vosotros, jóvenes, ¿qué es lo que os gusta, lo fácil o lo difícil? ¿Quienes os son más simpáticos, los débiles, los miedosos, los oportunistas, los cobardes, o por el contrario, los fuertes, los valientes, los héroes? ¿Preferís que vuestra vocación cristiana os eduque tímidos, ineptos, egoístas, o más bien, llenos de consciente energía y de amorosa audacia? ¿No ha sido, acaso, un defecto de ciertos métodos educativos el haber confundido la bondad con la debilidad, la piedad con el respeto humano, la fe cristiana con el interés privado?

Pero, además, ¿qué es lo que se os pide?, ¿milagros?, ¿acciones extravagantes y estrepitosas? No. Lo que se os pide es que seáis lo que sois: jóvenes y a la vez católicos. Os lo diremos con un autor alemán: « Cristiano, sé cristiano »; pero sé cristiano verdadero, auténtico, dinámico, lleno de entusiasmo, de fantasía y de amor; es decir, con ese estilo juvenil cristiano que la Iglesia, desde hace un siglo, va suscitando, acogiendo, bendiciendo.

Para terminar, os diremos que el testimonio cristiano del que estamos hablando es un *acto* personal que ha de brotar del fondo libre y consciente del propio corazón. Pero al mismo tiempo, es un *hecho* colectivo. Vosotros no estáis solos, sino que vivís unidos. Sois muchos y además amigos, que comparten una misma mentalidad. Vosotros sois legión, y junto a vosotros está la Iglesia con sus asociaciones, con su sentido comunitario, con su amorosa asistencia.

El que os empuja a pronunciar vuestro sí solidario es Cristo, el Señor. Como en el Evangelio, El se siente gozoso con vuestro homenaje colectivo y profético: un homenaje que ciertamente no le ahorrará ni siquiera hoy el drama de su pasión; pero a través de él el mundo podrá conocer, para su esperanza o para su condenación, que la Pasión de Cristo es la de nuestro común e indispensable Salvador.

4. Sufrir y amar con la Iglesia

Del discurso del Papa el 2 de abril de 1969

Comprendednos, hijos queridos (Cfr. 2 Cor. 7,2). La Iglesia en esta liturgia misteriosa está muerta de pena. A través de sus ritos recuerda y repite la Pasión de Cristo para revivirla en sus sentimientos. La Iglesia se da cuenta de ello, y por eso sufre y llora. No la molestéis en su luto. No la distraigáis de sus pensamientos. No os sonriáis ante su remordimiento. No llaméis locura a su angustia. Respetad también vosotros con vuestro silencio el grito de su dolor. Compadedcedla. Honradla, acompañándola en su duelo altísimo y espiritual.

En este solemne y amargo momento — «*dies magna et amara valde*», como dice entre suspiros la liturgia con lírica emoción —, cada uno de los fieles siente resonar en lo profundo de su ser esta invitación. A ella podemos añadir ahora dos consideraciones.

La primera, como es ya costumbre en estos familiares encuentros de los miércoles, nos remite a las enseñanzas del Concilio. Se ha dicho con razón que el Concilio ha difundido en la Iglesia y en el mundo una oleada de serenidad y de optimismo, un cristianismo confortante y positivo; podríamos decir, un cristianismo amigo de la vida, de los hombres, de los valores terrestres, de nuestra sociedad, de nuestra historia. Casi se podría descubrir en el Concilio una intención de hacer aceptable y simpático el cristianismo, un cristianismo indulgente y abierto, liberado de todo rigorismo medieval y de toda interpretación pesimista sobre los hombres, sus pautas de comportamiento, sus cambios y sus exigencias.

Todo esto es verdad. Pero, ¡atención! El Concilio no ha olvidado que la Cruz ocupa el centro del cristianismo. También él ha sido rigurosamente fiel a la palabra de San Pablo: «*ut non evacuetur crux Christi*», «que no se desvirtúe la cruz de Cristo» (1 Cor. 1,17). También él, a imitación del Apóstol, se ha dicho a sí mismo: «Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor. 2,2).

Podríamos recordar también cómo las grandes líneas teológicas, místicas y ascéticas de la participación asociativa de los fieles a la

Pasión del Señor cruzan las páginas de los documentos conciliares. Véase, por ejemplo, la gran Constitución dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*, nn. 7, 8, 11, 34, 49...). En ella leemos: « Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y en la persecución, así también la Iglesia está llamada a recorrer el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación » (ib. n. 8).

Valor y esperanza

Ahora se presenta a nuestro espíritu una segunda consideración, que brota de la anterior, es decir, de la relación existente entre Cristo paciente y su Iglesia, entre la Cabeza y el Cuerpo místico, entre el Evangelio de la Pasión del Señor y la historia dolorosa de la Iglesia.

Digamos brevísimamente que la Pasión del Señor reverbera en la Iglesia por el testimonio que ésta le da con su predicación y su doctrina; por la imitación del heroico y magnánimo ejemplo de Cristo que El mismo refleja sobre los cristianos, induciéndoles a que lo sigan (Cfr. Abelardo); por la comunión sacramental, a través de la cual se realiza en cada uno de los fieles la mística asimilación a la muerte y a la Resurrección del Señor (Cfr. *Rom.* 6,3). Pero no sólo esto, sino que en cierto modo la Pasión del Señor se renueva, se reproduce, se repite en cada uno de los seguidores de Cristo (Cfr. *Col.* 1,24: « suplo en mi carne — dice San Pablo — lo que falta a las tribulaciones de Cristo »), y en la Iglesia toda entera, considerada como comunidad, como conjunto de los miembros de Cristo, como la prolongación de su misma vida a lo largo de la historia. Por eso, la Pasión del Señor se perpetúa.

Sí, se perpetúa todavía. Y es en esta celebración pascual, más que en cualquier otro momento, cuando la Iglesia toma conciencia de los propios sufrimientos, los soporta con paciencia, los acepta con alegría y humildad y trata de santificarlos y de extraer de ellos su documento de identidad con el que prueba su pertenencia a Cristo, Señor y Maestro; un documento que es el signo de su amor, deseoso de unir las propias penas a las del Crucificado (Cfr. el tema que retorna periódicamente en el « *Stabat Mater* ») y de convertir las propias humilla-

ciones y las propias derrotas en méritos de penitencia, de purificación, de redención, para crecer en virtud, en valor, en esperanza.

El Señor prueba a su Iglesia

¿Pero es así realmente? ¿Es verdad que la Iglesia está sufriendo? Si, hijos carísimos, la Iglesia está pasando hoy por una prueba que le produce grandes sufrimientos. Pero, ¿cómo es posible?, ¿después del Concilio? Sí, después del Concilio el Señor nos está probando.

Vosotros sabéis que la Iglesia sufre por la opresiva falta de legítima libertad en numerosos países del mundo. La Iglesia sufre porque son muchos los católicos que le han negado la fidelidad que le había merecido la tradición secular y que un esfuerzo pastoral lleno de comprensión y de amor debería engendrar. La Iglesia sufre sobre todo por la actitud insubordinada, inquieta, crítica, reacia y demoleadora de tanto hijos suyos, los predilectos — sacerdotes, maestros, laicos, dedicados al servicio y a dar testimonio del Cristo vivo en la Iglesia viva — contra su íntima e indispensable comunión, contra su existencia institucional, contra su norma canónica, su tradición, su cohesión interior, contra su autoridad que es principio insustituible de verdad, de unidad y de caridad, contra sus mismas exigencias de santidad y de sacrificio (Cfr. Boyer, *La décomposition du catholicisme*, 1968). Sufre por la defección y por el escándalo de algunos eclesiásticos y religiosos que crucifican hoy a la Iglesia.

Hijos carísimos, no le rehuséis vuestra solidaridad espiritual ni vuestra oración. No dejéis que el miedo, el desaliento y el escepticismo se adoperan de vosotros; ni mucho menos os dejéis llevar por el mimetismo que, mediante la sugestión de los medios de información social, hace hoy estragos en muchos espíritus débiles e impresionables y algunas veces también en espíritus fuertes y vigorosos.

Hay que sufrir y amar con la Iglesia: hay que trabajar y esperar con ella.

Y. Llamado a la unidad interior de la Iglesia

Del discurso del Papa el Jueves Santo, 3 de abril de 1969.

Tanto se habla hoy de unidad en el mundo. A pesar de las divisiones, de las luchas y de las desigualdades que la fraccionan, la historia humana camina hacia la unidad. ¿Conseguirá esta meta o resultará inútil todo este esfuerzo de solidaridad mundial? Si se llegase a conseguir la unidad, ¿sería un triunfo o una derrota?, porque podría suceder que la unidad adquiriese una « única dimensión », es decir, podría perder sus variados y libres modos de expresión.

La humanidad necesita unirse en la solidaridad y en el amor. Pero ¿dónde puede encontrar el modelo y la fuente de esta unidad?

Se habla de unidad en la variedad de las denominaciones cristianas; pero esta unidad solo podrá considerarse efectiva y perfecta cuando se profese unánimemente la única fe. Es ésta una condición indispensable para poder participar en la misma comunión eucarística.

« Contestación » y divisiones dentro de la Iglesia

Se habla de renovación de la doctrina y de la conciencia en la Iglesia de Dios; pero ¿cómo podrá ser auténtica y perenne la Iglesia viva y verdadera si aquella unidad que la constituye y la define como « cuerpo místico », espiritual y social, está hoy tan grave y frecuentemente corroída por la « contestación » y por el olvido de su estructura jerárquica, destruida en su divino e indispensable carisma constitutivo, la autoridad pastoral? ¿Cómo puede arrogarse el título de Iglesia, es decir, pueblo unido — aunque localmente fraccionado e históricamente y legítimamente diversificado — si un fermento prácticamente cismático la divide, la subdivide, la despedaza en grupos deseosos sobre todo de una autonomía arbitraria y, en el fondo, egoísta, disfrazada de pluralismo cristiano o de libertad de conciencia? ¿Cómo podrá ser edificada por una actividad que debería llamarse apostólica, si esta actividad se halla conscientemente dirigida por tendencias centrífugas; si en lugar de desarrollar la doctrina del amor comunitario, desarrolla una mentalidad de polémica particularística y antepone una equívoca y peligrosa simpatía — que exige prudentes reservas — a la amistad

fundada en sólidos principios, comprensiva con los comunes defectos, y proyectada hacia la convergente colaboración?

Construir la unidad en el amor

Se sigue hablando todavía de Iglesia, de Iglesia Católica, que es la nuestra. Pero ¿podemos estar seguros de que la Iglesia, en sus instituciones, en su actividad, está realmente animada por un verdadero espíritu de caridad y de unión que la haga digna de celebrar sin hipocresía y sin rutinaria insensibilidad nuestra Santa Misa cotidiana?

¿No existen también entre nosotros aquellos « cismas », aquellas « divisiones » de las que habla San Pablo dolorosamente en su primera carta a los fieles de Corinto, de donde está tomada la epístola de hoy? (1 Cor. 1,10; 12,25; 11,18).

Necesitamos construir continuamente aquella caridad, aquella unidad, expresión de sentimientos y de relaciones que Cristo sublimó en el testamento de su Última Cena (cfr. Jn. 13,34-35; 17,21 etc.).

En este momento que precede inmediatamente a nuestra comunión con Cristo, que nos unifica como seguidores y miembros suyos, renovemos nuestro modo de pensar y de obrar (cfr. Ef. 4,23), renunciemos al espíritu de emulación y de discordia, a la sutil tentación de criticar a los hermanos, y si fuera necesario, perdonemos a quien nos hubiera ofendido y prometamos reconciliarnos con quienes debemos establecer una nueva relación humana y cristiana (Mt. 5,23). ¿Cómo sería posible acercarse a la cena cristiana de la caridad y de la unidad sin esta paz en el corazón?

Pidamos hoy a Cristo Jesús que conceda a su Iglesia, a esta Iglesia de Roma llamada a « presidir en la caridad » (San Ignacio, *Carta a los Romanos, Introd.*, Ed. Funk, Patres Apostolici, pag. 222), la gracia de conservarse y de perfeccionarse siempre en la unidad interior que la caracteriza, como lo exige la Pascua del Señor. Así sea.

VIII. SALESIANOS DIFUNTOS

Sac. Egipto Amati

* Monte Grimano (Pésaro-Italia) el 5-1-1895, † en Buenos Aires (Argentina) el 30-1-1969 a 74 años de edad, 55 de profesión y 44 de sacerdocio. Fue Director por 24 años.

Con su modestia y sacrificio personal supo ser el animador constante y silencioso de las obras que le fueron confiadas. Se sirvió de la música, el canto y el teatro, como instrumentos eficaces de su misión educativa. Director durante tantos años, fue padre afectuoso y solícito de los Salesianos y alumnos que lo amaban sinceramente.

En el último decenio de su vida fue un confesor muy apreciado, hasta que en 1966 una afasia lo redujo a un silencio absoluto, que aceptó con serena resignación.

Coadj. Carlos Čepelka

* Checoslovaquia, † en Moravec (Moravia-Checoslovaquia) el 17-6-1968 a 19 años de profesión (faltan los otros datos biográficos).

Sac. José Chelodi

* Bolzano (Italia) el 22-4-1888, † en Benediktbeuern (Alemania) el 19-12-1968 a los 80 años, 45 de profesión y 39 de sacerdocio.

Al regresar de la primera guerra mundial, pidió ser aceptado en nuestra Congregación. Hizo el Noviciado en Ensdorf, los estudios teológicos en Turín y trabajó en varias casas de Alemania. Amado y apreciado como confesor, supo ganarse la amistad de todos sus conocidos. Se ha distinguido por su bondad y su sentida piedad.

Sac. Patricio Collins

* Moyoane (Irlanda) el 18-5-1916, † en Dublín (Irlanda) el 27-3-69 a 52 a. de edad, 32 de profesión y 20 de sacerdocio. Fue director por 6 años.

La desaparición imprevista de este buen salesiano, en el preciso momento en que estaba en plena entrega de todas sus fuerzas a Dios,

ha sido una grave pérdida para la Inspectoría. Hombre culto, simpático, sereno, buen conferenciante por radio y televisión, muy apreciado por el gobierno irlandés como promotor de las ciencias agrarias, era muy estimado igualmente por los Salesianos y jóvenes a quienes entregó generosamente sus energías.

Sac. Pablo Colussi

* Casarsa della Delizia (Údine-Italia) el 13-11-1878, † en Estoril (Portugal) el 18-2-1969 a 90 años de edad, 72 de profesión y 66 de sacerdocio. Fué Director por 13 años.

Tabajó durante muchísimos años en Portugal, que amó como su segunda Patria. Fue una verdadera columna de nuestra Obra en esa nación, sea por el trabajo realizado como por los luminosos ejemplos de vida salesiana y como un trabajador incansable. Amaba especialmente las casas de formación y brillaba por la observancia de la Regla aun en sus detalles más pequeños.

Sac. Francisco de la Torre

* Pralboino (Italia) el 22-6-1912, † en Milán (Italia) el 24-1-1969 a 56 años de edad, 39 de profesión y 28 de sacerdocio. Fue Director por 20 años.

Dotado de una inteligencia vivaz, de un carácter sereno y cordial, de un sentimiento religioso profundo y delicado, abierto a las amistades y a los problemas más sentidos de nuestro tiempo, especialmente en el mundo de los jóvenes y de los obreros, el P. De la Torre ha ofrecido a la Congregación con un amor sincero y total a 'D. Bosco, una dedicación genial y generosa a las obras de apostolado más características de nuestra obra.

A él se debe la fundación de las obras sociales de Sesto San Giovanni (Milán) y de la « Casa de reeducación » de Arese, pedida por el Card. Montini, que la consideró siempre como una obra de su corazón y distinguió con su afecto al P. De la Torre, como auténtica expresión humana del sistema educativo de D. Bosco.

Ultimamente fue director del pensionado para trabajadores de Milán y director espiritual de los universitarios. Todos lo amaban, pues él sabía entregarse a todos: cayó en el campo del trabajo, pues a pesar de los repetidos ataques cardíacos, no quiso renunciar a su apostolado entre los jóvenes.

Sac. Oscar Egger

* Nueva Ulm (Alemania), el 11-3-1886, † en Turfn, casa central el 11-4-1969 a 83 años de edad, 56 de profesión y 49 de sacerdocio.

A los 21 años llegó a Italia desde su tierra natal, Baviera, como aspirante a la vida salesiana y aquí quedó hasta la muerte: desde 1919 su larga existencia fue consagrada totalmente al apostolado ministerial en la Parroquia de María Auxiliadora de Turfn. Su sacerdocio no conoció reposo ni vacaciones. Siempre listo a cualquier hora del día o de la noche. Su confesonario era siempre asediado por fieles, religiosos salesianos y sacerdotes seculares por su sabiduría, elevado sentido espiritual, sencillez ferviente de su dirección. Era un hombre humilde, bueno, cordial, incapaz de malevolencia, irradió a su alrededor la luz biehechora de su caridad sacerdotal.

Sac. José Giovine

* Niza Monferrato (Italia) el 9-2-1892, † en Alejandría (Italia) el 24-1-1969 a 76 años de edad, 58 de profesión y 49 de sacerdocio. Fue director por un año.

Pasó su vida salesiana primero en Borgo San Martino y luego desde 1933 en Alejandría (Italia). Alma sencilla, de florecillas salesianas, bueno, piadoso, lleno de celo sacerdotal, siempre pronto para las confesiones y para el consejo a los jóvenes, sacerdotes seculares y personas de toda condición social que de todas partes se dirigían a él.

Ciego y paralítico en los últimos años continuó realizando su ministerio de confesor. Innumerables eran las visitas que recibía. Todos lo veneraban como la figura ideal del sacerdote, que vive en una continua y serena donación de sí solamente por el bien de las almas.

Coadj. José Holík

* Viemena (Moravia-Checoslovaquia) el 17-11-1885, † en Moravec (Checoslovaquia) el 2-8-1968 a 82 años de edad y 36 de profesión.

Sac. Miguel Juhász

* Tardos (Hungría) el 19-6-1915, † en Szolnok (Hungría) el 8-3-1969 a 53 años de edad, 36 de profesión y 26 de sacerdocio.

De óptima familia que dió dos hijos a Dios en la Sociedad Salesiana. Brilló por su inteligencia, bondad de corazón y espíritu de adaptación. Pasó casi toda su vida sacerdotal en parroquias como un pastor celoso y emprendedor. El clero tuvo en él un amigo sincero, sereno

y un sostén; los fieles y especialmente los jóvenes hallaron en él un pastor y maestro afectuoso según el corazón de Don Bosco.

Sac. José Krauter

* Homburg (Alemania) el 14-1-1905, † en Regensburg (Alemania) el 27-2-1969 a los 64 años de edad, 38 de profesión y 30 de sacerdocio.

Fue un sacerdote humilde y piadoso. Con su carácter siempre alegre y bondadoso sabía conquistarse el afecto de salesianos y jóvenes. Como catequista sentía profundamente su responsabilidad por las almas, que le eran confiadas, ningún sacrificio era para él demasiado. Los últimos años de su vida los pasó afligido por dolores y enfermedades que lo prepararon al gran paso.

Coadj. Juan Kulikowski

* Pawlowice (Unione Soviética) el 28-5-1913, † en Lódz (Polonia) el 18-2-1969 a 55 años de edad y 31 de profesión.

Entró en la Congregación en edad ya madura. En sus diversas incumbencias en las casas sentíase feliz cuando podía ser útil de alguna manera a los hermanos. Su caridad brilló especialmente en el oficio de enfermero. Siempre fiel a sus prácticas de piedad, se distinguió por su humildad y gran amor a la Congregación.

Sac. Jeronimo Mapelli

* Arona (Italia) el 9-8-1905, † en Intra (Italia) el 28-1-1969 a los 63 años de edad, 46 de prof. y 35 de sacerdocio.

Sacerdote abierto, vivaz, sincero y simpático, trabajó siempre con entusiasmo juvenil dejando, doquiera pasó, una estela luminosa de ejemplos, amistades y semillas de virtud.

Sus funerales fueron una clara demostración del afecto que se había granjeado.

Coadj. Arlindo Marton

* el 18-2-1896 en Lorena (Brasil), † allí el 18-12-1968 a los 72 años de e. y 53 de prof.

Entró muy joven en la Congregación, fué por muchos años maestro agrario en Cachoeira do Campo (Minas). Regresó luego a su tierra, San Pablo, donde desempeñó en varias casas diversas actividades: ejemplar en su trabajo, en la vida humilde y pobre, en su apego a las tradiciones salesianas.

Sac. Edmundo Poli

* Marsella (Fr.) el 19-2-1896, † en Lyon (Fr.) el 13-3-1969, a 73 a. de e., 46 de prof. y 39 de sacerd.

Entró en la Congregación a los 27 años, luego de haber sido un fiel amigo de nuestro oratorio de San José de Marsella. Por 28 años fue maestro estimado por generaciones de jóvenes. Siempre humilde, afable y cordial. Los últimos años fué confesor apreciado y amado por los jóvenes.

Sac. Antonio Querol

* Saló (España) el 12-1-1879, † en Barcelona (Esp.) el 31-3-1969 a los 90 a. de e., 66 de prof. y 58 de sacerdocio.

Era el salesiano más anciano de la Inspectoría. Se señaló por su gran amor a las vocaciones que cultivó con su acción personal y luego despertando vivo interés en los cooperadores, cuyo asesor ha sido en Barcelona. Siempre mantuvo ese contacto personal y afectuoso con los jóvenes especialmente en los patios salesianos que él no dejaba de frecuentar a pesar de su edad.

Sac. Pablo Scelsi

* Collesano (Italia) el 29-9-1873, † en Mesina (Italia) el 1-2-1969 a los 95 a. de e., 79 de prof. 70 de sacerd. Fue director por 21 años.

Fue el segundo salesiano de Sicilia, pasó su período de formación primero en Randazzo y luego bajo la habilísima guía de D. Bonetti. Consagró los largos años de su vida a la enseñanza, educación y formación de los jóvenes y de los candidatos al sacerdocio. Bueno, docto, piadoso, se conquistó siempre el aprecio de todos. Tenía fama de santo. Sus características fueron la dulzura y la humildad.

Sac. Adalberto Šilar

* Cermná (Checoslovaquia) el 3-1-1910, † en Praga (Checoslov.) el 1-5-1965 a 55 a. de edad, 29 de profesión.

Sac. Maximo Tognetti

* Vira Gambarogno (Suiza) el 25-11-1883, † en Maroggia (Suiza) el 31-1-1969 a 85 a. de edad, 63 de prof. y 51 de sacerdocio.

Fue Misionero en la Patagonia y Río Negro en los lejanos tiempos de la epopeya salesiana misionera. Su nombre es recordado junto con

los de Cagliero, Fagnano, Manachino y otros. Después de 30 años de trabajo intenso, un agotamiento completo lo obligó a una dolorosa inacción durante otros 30 años. Fué una silenciosa inmólación hecha de oración y aceptación de la voluntad de Dios. Su frase habitual era: « Como Dios quiera ».

Sac. Domingo Viani (Alias: Carlos Rivas)

* Morlupo (Italia) el 4-8-1911, † en Bogotá (Colombia) el 19-2-1969 a 57 a. de e., 35 de prof. y 30 de sacerdocio. Fue director por 15 años.

El miércoles de ceniza, luego de imponer las cenizas a alumnos y fieles y pasar la mañana en el confesionario, murió trágicamente en un incidente de carretera. Los funerales fueron un testimonio de simpatía y afecto por parte de Salesianos autoridades, exalumnos, fieles y jóvenes del Colegio. Ha sido Director y profesor en casas de formación y seminarios. Su virtud característica fué la caridad para con todos, en todo momento y con absoluta entrega incondicionada.

Sac. Juan Vtípil

* Krouna (Checoeslov.) el 12-7-1901, † en Kardasóva Recipe (Checoeslov.) el 4-8-1968 a 67 a. de e., 40 de prof. y 32 de sacerdocio. Fué director por 6 años.

Coadj. Jorge Wheeler

* Battersea (Inglaterra) el 13-3-1884, † en Ciudad del Cabo (Sudáfrica) el 26-2-1969 a 84 a. de e. y 37 de prof.

Este óptimo coadjutor entró en la Congregación a los cincuenta años, dejando en el mundo un puesto bien merecido por sus dotes. Pasó toda su vida salesiana en la Librería y en la asistencia a los jóvenes. Siempre fiel a su deber, nos ha dejado un claro ejemplo de trabajo santificado.

Sac. Tito Zeman

* Vajnory (Checoeslov.) 4-1-1915, † allí el 8-1-1969 a 54 a. de e., 36 de profesión y 28 de sacerdocio.

Fué un salesiano lleno de celo y ardor, que demostró salvando las vocaciones de nuestros salesianos jóvenes en los momentos más difíciles. Fué victima y mártir de su propio espíritu de iniciativa. « Aunque debiera perder la vida, decía, sería suficiente saber que uno de los que he salvado, ha llegado a ocupar mi puesto en el sacerdocio ».

2° Elenco 1969

N.	COGNOME E NOME	LUOGO DI NASCITA	DATA DI NASC. E MORTE		ETÀ	LUOGO DI M.	ISP.
62	Sac. AMATI Egisto	Monte Grimano (I)	5.1.1895	30.1.1969	74	Buenos Aires (RA)	BA
63	Coad. ČEPELKA Carlo	17.6.1968		Moravec (CS)	Bo
64	Sac. CHELODI Giuseppe	Bolzano (I)	22.4.1888	19.12.1968	80	Benediktbeuern (D)	Mü
65	Sac. COLLINS Patrizio	Moyoane (EIR)	18.5.1916	27.3.1969	52	Dublín (EIR)	Ig
66	Sac. COLUSSI Paolo	Casarsa della Delizia (I)	13.11.1878	18.2.1969	90	Estoril (P)	Pt
67	Sac. DELLA TORRE Franc.	Pralboino (I)	22.6.1912	24.1.1969	56	Milano (I)	Lo
68	Sac. EGGER Oscar	Neu Ulm (D)	11.3.1886	11.4.1969	83	Torino (I)	Cn
69	Sac. GIOVINE Giuseppe	Nizza Monferrato (I)	9.2.1892	24.1.1969	76	Alessandria (I)	No
70	Coad. HOLÍK Giuseppe	Vieména (CS)	17.11.1885	2.8.1968	82	Moravec (CS)	Bo
71	Sac. JUHASZ Michele	Tardos (H)	19.6.1915	8.3.1969	53	Szolnok (U)	Un
72	Sac. KRAUTER Giuseppe	Homburg (D)	14.1.1905	27.2.1969	64	Regensburg (D)	Mü
73	Coad. KULKOWSKI Giovanni	Pawlowicze (SU)	28.5.1913	18.2.1969	55	Lódz (PL)	Ló
74	Sac. MAPELLI Girolamo	Aroná (I)	9.8.1905	28.1.1969	63	Intra (I)	No
75	Coad. MARTON Arlindo	...	18.2.1896	18.12.1968	72	Lorena (BR)	SP
76	Sac. POLI Edmondo	Marseille (F)	19.2.1896	13.3.1969	73	Lyon (F)	Ly
77	Sac. QUEROL Antonio	Saló (E)	12.1.1879	31.3.1969	90	Barcelona (E)	Bn
78	Sac. SCELSI Paolo	Collesano (I)	29.9.1873	1.2.1969	95	Messina (I)	Sc
79	Coad. ŠILAR Adalberto	Čermná (CS)	3.1.1910	1.5.1965	55	Praga (CS)	Bo
80	Sac. TOGNETTI Massimo	Vira Gambarogno (CH)	25.11.1883	31.1.1969	85	Maroggia (CH)	No
81	Sac. VIANI Domenico	Morlupo (I)	4.8.1911	19.2.1969	57	Bogotá (CO)	Bg
82	Sac. VTIPII Giovanni	Krouna (CS)	12.7.1901	4.8.1968	67	Kardašova Rečice (CS)	Bo
83	Coad. WHEELER Giorgio	Battersea (GB)	13.3.1884	26.2.1969	84	Cape Town (ZA)	Ig
84	Sac. ZEMAN Tito	Vajnory (CS)	4.1.1915	8.1.1969	54	Vajnory (CS)	Sl